

claridad

AÑO V

SANTIAGO, NOVIEMBRE DE 1924

NUM. 127

ARTE - CIENCIA - CRITICA

LA INQUIETUD DEL PRESENTE

Por inexorable ley de relación que elimina a los elementos gastados o incapaces para la lucha, se produce de vez en cuando una crisis de valores que no puede ser sino saludable para las colectividades.

Por eso las defeciones de unos, el estancamiento de otros y las decepciones de los demás, no nos alarman demasiado. Mantenemos a ese respecto el mismo criterio que aplicamos al orden burgués: lo que no progresa perece irremisiblemente. Lo esencial es tener ideales correctos, noción consciente del rol que cada cual debe desenvolver para apresurar el proceso de la libertad.

¿Qué pueden importar uno o cien rezagados? ¿Qué uno o mil caídos en el ejercicio de la lucha? Hay tanto hombre a quien convencer para adherirlo a las gestas de estos tiempos, que todos los huecos pueden ser llenados de inmediato, cada vez que se produzcan en las filas de los combatientes. Cuando una luz se apaga, un millar pueden ser encendidas. Las tinieblas no son de esta época. Ni cierzos ni tempestades logran extinguir por completo las llamas que inflaman la conciencia humana. Son hoy de un vigor extraordinario esos lampos de luz. Los alimenta un sentimiento nuevo que no puede eclipsarse como la imagen fugitiva de un sueño hermoso, sino que debe realizar sus augustas premisas de libertad por imperativa ley de vida y conservación de la especie.

De ahí que todo y nada sea para nosotros transitorio. En la inmensa retorta donde se funden los elementos constitutivos de la vida, se volatilizan los inútiles o nocivos, permitiendo a aquellos que son afines, plasmarse en cuerpos resistentes y bien conformados, destinados a prolongar la evolución cósmica, manteniendo el equilibrio universal. En la eternidad de esta transformación de elementos, es difícil estimar cual de ellos tiene función más importante, ni hasta donde se proyecta su energía. Con lo que palpita, vibra y acciona, están aquellos a quienes domina esa misma ansia de agitación. Con los anonadados, perezosos o vencidos, descansan aquellos cuya pupila se ha nublado para los grandes ensueños.

Hay que entender que no son pocos los que entre nuestros espléndidos valles de luz andan a tientas. Ni los que necesitan de lazos que los conduzcan de la mano a causa de su crónica ceguera.

Se explican así sus frecuentes tropiezos, su empantanamiento o su caída a los abismos del olvido.

Es dura la lucha por un ideal y cruel la lucha por la vida. A menudo chocan entre sí estas dos necesidades y termina por salir victoriosa una de ellas. Cuando la necesidad animal se impone, manifestada en el deseo de nutrición exclusivamente, parece el alma para toda gesta magnífica y el hombre se desintegra de la propia vida, que por estar intimamente vinculada a la vida colectiva, se complementa en la de los demás.

¿Quién puede jactarse del prodigo de haber podido dar la espalda a los intereses temporales y a todo principio moral estatuario, que son fardo de arcaicas preocupaciones en las conciencias de los hombres? Indudablemente pocos. Esa convicción debe sernos permanente. La visión del gran número puede traicionarnos. Es convenien-

te alejarlo a todo trance. Hay predios vedados para los zambos y los tuertos. Por la imposibilidad de marchar rectos, se inclinan sobre los céspedes y estropean las plantas. Y los que sobran, infelizmente, son tuertos del espíritu y zambos del intelecto. Levantémos cuanto podamos la pupila, corrijamos hasta donde nos sea posible las torceduras que tanto afean a las personas, pero no pensemos jamás en perfeccionar a todos los lisados morales, hasta convertirlos en la imagen efíbula de Adonis. No debemos ofrecernos en sacrificio a tal presión.

Por lo demás, sería incurrir en vicios que combatimos y dan razón de ser a nuestros principios. Si nada buscamos para nosotros en esta batalla ruda y sin tregua contra el mundo de las injusticias, nada hemos de pedir a nadie. Que cada cual ofrezca lo suyo si es que posee algún caudal moral digno de ser ofrecido en favor de su libertad, de lo contrario, que continúe esclavo hasta el fin próximo de la esclavitud.

La revolución no ha de tenerle lástima. Sus sufrimientos no lo harán más grato ante la historia. Verdugos y víctimas son fundamentalmente una misma cosa. Aun no sabemos quienes se hacen más acreedores al desprecio: si los que flagelan o los que consienten en ser flagelados. A los que no llega el eco de las rebeliones augustas, va flamante el látigo de las azctainas, que también debiera tener su virtud de sabia enseñanza, predisponiendo la voluntad para las grandes insurrecciones. Sin embargo, son más los que gimen que los que se sublevan, más los que no protestan que los que rugen sus enconos santos.

Hasta por entre la verba frondosa del individualismo orgulloso, asoma el hocico la liebre cobarde que vive a lo que salte y se espanta del más imperceptible ruido. No tiene nada más que eso; orgullo, mientras no se mueve una paja, impulsada por suave brisa campera, que en tal caso corre y chillá como una endemoniada.

Es que a la impotencia no le faltan disfrazes. Unos la visten de palabras, otros la ocultan a fuerza de ensayar actitudes heroicas. Lo peor es que siempre se le ven las nalgas, que es, según los entendidos, por donde entra el miedo. Nunca les alcanza el paño para confeccionarse amplios sayos, a los que tienen demasiadas fealdades que cubrir.

Siempre fué así. Los que caducan o no se desarrollan, todo lo ven chato. ¡También sería estupidez exigir a los escarabajos que contemplaran los horizontes y nos trasmitiesen impresiones sobre su belleza!

Trabajamos al hombre nuevo dentro de unos moldes ilimitados, en los que pueda rebalsarse toda la exuberancia de sus pasiones creadoras, siempre tan pujantes como sean de amplios panoramas que deban alcanzar. Y éstos no tienen fin en el tiempo ni en el espacio. En el misterio que nos contríñe a debatirnos en círculos limitados, está el secreto de nuestras acciones. Romper la nebulosa, deshacer la incógnita, describir, en fin, el arcano, es tendencia a que el hombre se sintió siempre inclinado.

Precio: 40 centavos

Hablamos del elegido por la vida para interpretar sus exigencias e imponerlas contra toda presión extraña a ella.

Porque en la ineptitud de la mayoría no es preciso insistir. Abundan las pruebas que la corroboran.

Pero no se crea que se edifica con ficciones, que es el más sutilizador quien mejor representa esa fuerza de expansión renovadora, latente en el espíritu de cada época. No, precisamente. A los arriesgados han correspondido todas las victorias. Aun los fracasados en empresas temerarias, han dejado algo más que el recuerdo de su intrepidez: han dejado también una ruta abierta, una trayectoria esbozada para que otros la continuaran. Tales los que iniciaron el descubrimiento de mundos presentidos y los que se lanzaran al espacio desafiando a los elementos, para conquistarlos, sometiéndolos a la voluntad de este píqueme con arrestos de titán, que se llama hombre.

A los sosegados, flemáticos y calculadores, como a los inquietos por espíritu de imitación, nada les debe la historia. Se ha escrito sin ellos. Fueron un contrapeso a su avance, nunca una fuerza impulsora. Siempre han sido provechosos a la civilización los que se colocaron en sus extremos, no los que se pusieron al lado o en el medio. Los unos la estorbaron, los otros se dejaron conducir; y cuando se sintieron ir lejos, volvieron atrás o se quedaron en medio del camino. Las dictaduras son el reflejo de esa involución. La democracia las gestó por horror a la revolución. Se vió en los dinteles de un mundo que ella presintió en los albores de su vida y ante cuya imagen hoy se espanta por apego a los hábitos e intereses adquiridos. De ahí su retorno a las formas políticas a las formas políticas, que ayer impugnara y contra las cuales hiciera una revolución. El porvenir se presenta vestido de galas relumbrantes y cohíbe a los hombres. Demanda un esfuerzo recio de la voluntad contemplar ese panorama radiante, sin sentirse agitado por inquietantes vacilaciones. Se necesita una contextura espiritual muy sólida para aceptar los hechos tal cual los ofrece el tiempo que vivimos y sumar a ellos la voluntad en ese correr vertiginoso hacia el misterio. Para comprender que sólo una parte, la más pequeña de las conciencias está preparada, para recibir sin abrasarse el sol de las nuevas primaveras, no hay más que observar ese fenómeno.

No es, por otra parte, extraordinario. Siempre que la historia estuvo en vísperas de un parto fecundo, se ha evidenciado el hecho.

Y el alumbramiento se produjo fatalmente con su dolor y su sangre inevitables.

En los dinteles de un acontecimiento así nada puede entristecer a los fuertes, pero si alegrarlos. Lo que conviene es apresurar su proceso, no detenerlo.

Así lo ejecutan a las mil maravillas los que algo tienen que conservar en el mundo viejo.

Aquellos que todo lo hemos ofrecido al porvenir, no hemos de vacilar un momento en facilitar su triunfo.

Sólo así evitaremos que el nuevo parto se malogue, empeñados como están los malhechores de la humanidad en abortar la historia en vez de procurar su feliz alumbramiento.

Defensa de Schweitzer

Resumen del discurso de don Carlos Vicuña pronunciado en la Asamblea de Profesores en defensa de Daniel Schweitzer

Señor Presidente, compañeros:

Dos son los puntos fundamentales del discurso del señor Bari en defensa del régimen militar: por una parte ha tratado de probarnos que no se ha conculado ninguna libertad, ni mucho menos la de prensa, y por la otra que la medida de deportación tomada contra Daniel Schweitzer es justa y necesaria.

Las interrupciones violentas que surgieron innumerables y airadas de los cuatro ámbitos de la sala para aducir hechos concretos y múltiples, de todos conocidos, de atropello a la libertad de imprenta, dejaron a todos convencidos, a mi juicio, de que no es dable sostener que se haya respetado esta libertad.

De esos hechos me bastará escoger uno, el más característico, que es el aducido por don Isaac Labarca: en la noche del 26 al 27 de Septiembre después de la publicación viril de "Los Tiempos" del día 26, cuaquadas de protestas por el atentado inaudito cometido contra Schweitzer, estaba preparado, y en parte impreso, el número de "La Nación" correspondiente al 27, lleno también de protestas indignadas, de la redacción y de numerosos escritores oficiosos, cuando súbitamente a las dos de la madrugada dos altos oficiales del ejército, el Mayor Díaz y otro más, se presentaron a "La Nación", exigiendo que les mostrasen las pruebas de los artículos que iban a publicar al día siguiente, señalaron los que no debían publicarse y *machetearon*—es la expresión del Sr. Labarca—las composiciones preparadas para la impresión y llevaron su impudicia hasta exigir la publicación del artículo torpe y desgraciado de don Maraduque Grove, el filósofo oficial del ejército vencedor en la jornada del 5 de Septiembre.

Ante un hecho tan claro, tan patente, tan grosero, tan notorio, no es dable sostener que no se ha atropellado la libertad de la prensa.

Yo quiero sin embargo hacer una salvedad: el hasta ayer capitán Bari acaba de declarar que él es el jefe del "Comité de Prensa" del Ejército y que en tal carácter él jamás ha ejercido ni el más mínimo acto de violencia sobre las publicaciones periódicas.

Yo le creo al Sr. Bari: hago fe a su palabra de hombre y de militar, reconozco que seguramente él personalmente no ha atropellado la libertad de imprenta, no ha dado ni menos intimado orden alguna de concular esta libertad; pero reconocerá la Asamblea que por más medida personal que haya gastado en este punto el presidente del "Comité de Prensa del Ejército", los atropellos flagrantes, violentos, groseros, audaces se han cometido y lo que es más grave, han conseguido todo su objeto de amordazar a la opinión, y han quedado impunes.

Y esto último es un punto de gran trascendencia porque la característica de los Gobiernos despóticos no es tanto la existencia del abuso que existe en todos los regímenes, sino la irresponsabilidad de sus autores, la impunidad cierta, ineludible, vencadora y oprobiosa de los crímenes del Gobierno.

Y no solamente quedan impunes, sino que son alabados y justificados por las mentiras y sofismas que suscita por doquier el servilismo en favor de los poderosos.

Una prueba evidente de ello es la deportación de Daniel Schweitzer crimen agravado por la forma inhumana y vejatoria en que fué cometido, y que sin embargo ha encontrado un hombre de talento y de cultura como el Sr. Bari para tratar de justificarlo y defenderlo.

Ha dicho el Sr. Bari que no es su ánimo, que no desea tratar esta cuestión desde el punto de vista jurídico, que desea colocarse en un terreno estrictamente moral para juzgar esta cuestión. Yo quiero seguirlo en el terreno moral, de la apreciación de los hechos a la luz de los sentimientos, y prescindir del aspecto jurídico de la cuestión, aspecto bajo el cual me sería excesivamente fácil la victoria ya que son manifiestos los atropellos de que fué víctima Daniel Schweitzer.

Miremos solo los hechos afirmados por el Capitán Bari y para juzgarlos prescindamos de la ley positiva que los juzga.

El primer cargo que ha hecho el Sr. Bari a Daniel Schweitzer es el de ser anti-chileno.

Este cargo carece hasta de lógica, carece de lo que se llama la verdad formal.

Hace algunos minutos el Sr. Bari conversando conmigo sobre sus ideas me ha dicho que él ha sido profesor de lógica. En este carácter debe saber que cuando hay verdad formal puede faltar o no la verdad real; pero que si falta la verdad formal falta necesariamente la verdad real.

Por ejemplo, si alguien afirma que ha comido ayer en casa de su amigo Pedro, la verdad de esta proposición puede existir o no, ya que no hay ninguna razón de lógica formal que se oponga a ella; pero si alguien afirma que con un dibujante muy experto ha conseguido dibujar un triángulo de cuatro lados, podemos jurar desde el primer momento que esto es imposible y no necesitaremos para ello ir a ver el pretendido dibujo, porque hay una razón de lógica formal que se opone a la verdad de este hecho, ya que los triángulos de cuatro lados no existen, y es contradictoria la idea de triángulo con la idea de cuatro lados.

Exactamente lo mismo pasa con el cargo de anti-chileno hecho a Daniel Schweitzer: es contradictorio con una enorme suma de hechos establecidos, que lo hacen imposible.

Daniel Schweitzer nació en Buenos Aires se vino a Chile con su familia a los once años de edad, aquí creció, aquí se educó, aquí despertó su espíritu, nacieron sus afectos de familia de amistad o de amor, aquí hizo sus humanidades, en el Liceo de Valparaíso; en la Escuela de Medicina de Santiago estudió el primer año de medicina y luego en Valparaíso, cursó Derecho, aquí se recibió de Abogado, aquí ha ejercido esta profesión con el brillo y abnegación que todos conocemos, y aquí ha convivido con los hombres e ideas de esta tierra, interesándose por todos sus problemas sociales y morales. La vida privada y pública de Daniel Schweitzer es de todos conocida y no hay en toda ella ni un solo rasgo ni un solo antecedente, ni una sola presunción que permita suponer siquiera que fuera anti-chileno.

Y aquí quiero advertir que no deseo mirar el aspecto jurídico de este cargo de anti-chileno, verdaderamente deleznable ni tampoco subrayar que siendo él del orden subjetivo, del fuero interno, de los sentimientos no puede él dar motivo a persecuciones de ninguna especie, ya que tales persecuciones de la vida espiritual constituyen la más afrontosa e infame de las tiranías.

Para el Positivismo el mal más grave que aqueja a las sociedades modernas es la confusión de los dos poderes, espiritual y temporal en que consiste precisamente la tiranía. A causa de la desorientación filosófica de los tiempos modernos, los poderes temporales tienden a absorber a los espirituales y se arrogan la facultad de legislar y de juzgar, y hasta la de inquirir las ideas y sentimientos íntimos y perseguirlos como crímenes. Esto es la tiranía y no otra cosa, y bastaría esta justificación que un miembro de la Junta Militar hace de la deportación de Daniel Schweitzer para repudiar el régimen que la ha decretado, como el mayor de los males públicos que es posible concebir y tolerar.

Parecido al cargo de anti-chileno, aunque en cierto sentido contradictorio como él, es el cargo de anti-patriota que también ha formulado contra Daniel Schweitzer el Sr. Capitán Bari.

Es también un cargo del orden subjetivo, relativo a las ideas y sentimientos de Daniel Schweitzer sobre el cual no quiero repetir lo que acabo de expresar en orden a la completa incompetencia de los poderes políticos para juzgarlo. Quiero colocarme, por el contrario, nuevamente en el terreno moral, como dice el Sr. Bari y demostrar a la luz de los hechos que tal cargo es completamente falso.

He convivido intimamente con Daniel Schweitzer durante varios años, he estado con él día a día, momento a momento y puedo asegurar que conozco sus ideas y sus sentimientos y puedo asegurar que no hay en ellos nada que sea contrario a la idea de patria, aun cuando para él la idea de

patria no sea la noción primitiva y grosera del amor a la tierra, sino el amor a las cosas espirituales y sociales que forman el lazo de unión entre los hombres de una misma nación.

El patriotismo es el amor a la historia y a las instituciones y en tal sentido Schweitzer es mucho más patriota que los militares que en un momento de inconsciencia destruyeron una centuria de vida republicana tan sólo porque se imaginaron que nadie puede contrarrestar a la fuerza de las armas.

Ni siquiera era Schweitzer un anti-patriota en el sentido estrecho que se ha dado a esta palabra, de enemigo resuelto de determinada política internacional del Gobierno de Chile.

Si todavía se me hiciera a mí ese cargo... pero a Schweitzer! Sabido es que en 1921 yo defendía en la Federación de Estudiantes y posteriormente en un libro la tesis de política internacional respecto de la conveniencia de devolver Tacna y Arica al Perú.

Creía entonces y creé todavía que la única manera de asegurar de modo duradero la paz internacional es esta solución del viejo problema. Estimo además que la profunda degradación moral que tiene gangrena a nuestra patria y que ha hecho posible el triunfo de la conspiración militar que estalló el 5 de Septiembre, arranca del gran crimen internacional cometido en 1879 y la necesidad política de justificar aquellos actos de despojo por medio de engaños y sofismas: estimaba y estimo que la única manera de regenerar a nuestra patria es reconocer y enmendar sus errores internacionales de los cuales arranca toda la perturbación moral y consecuentemente política de nuestro país.

Tales ideas han sido calificadas de anti-patrióticas, concepto pequeño y menguado de gentes que tienen interés en no comprender.

Pues bien: Schweitzer no participaba de estas ideas. A causa de su juventud y de una menor disciplina positiva en su espíritu él nunca llegó a adherir a mis ideas sobre el particular, y aún creyó que era sólo el gobierno el llamado a hallar y aplicar la fórmula doctrinaria de la solución para el viejo litigio del Norte.

Y no se crea que estoy inventando por defenderlo: en los archivos de la "Federación de Estudiantes" y en mi libro "La Libertad de Opinar y el Problema de Tacna y Arica" está expuesta y comprobada esta apreciación de Schweitzer.

De todo lo cual se desprende que aún aplicando a Schweitzer el más estrecho y mezquino criterio nacionalista, nada hay ni en sus ideas, ni en sus sentimientos, ni en sus actividades que pueda dar motivo para llamarlo anti-patriota. Cuanto más para basar en una imputación semejante una medida tan infame e inhumana con la de denostación que los gobernantes militares de facto le han aplicado, sin proceso, sin oíro, sin sujeción a la ley y sin tener siquiera la humanidad de intimarle la medida para que se preparara para el viaje y que se despidiera de los suyos. El otro cargo que el Sr. Bari ha hecho a mi amigo Daniel Schweitzer, es el de ser *disolvente*.

Es esta palabra vaga en extremo y casi nada significa, pero yo voy a tratar de desentrañar su sentido y a demostrar que también este cargo es falso, buscado a última hora, para tratar de justificar el atropello cometido.

Schweitzer no era disolvente ni en ideas, ni en sentimientos ni en actividades. Era al contrario un individuo eminentemente constructor y de alto valor social. En materia de ideas sólo pudieran ser llamados disolventes los anarquistas puros, los estremos partidarios del "Único y su Propiedad", que no reconocen valor a norma alguna social que prevalezca sobre la soberanía del yo.

Schweitzer estaba muy lejos de tales doctrinas: no era anarquista de ninguna secta, ni era ni siquiera socialista. Su ideología sistemática no estaba todavía bien formada y más bien tenía simpatías por el Positivismo, que es una doctrina eminentemente social y convergente y enemiga sistemática de toda inútil destrucción. Suya es la máxima: sólo se destruye lo que se reemplaza.

Y si no era disolvente en ideas, menos lo era en sentimientos. Individuo eminentemente sociable, buscaba la amistad y el afecto y dedicaba todos los latidos de su corazón a su familia y a sus amigos.

Y en cuanto a la actividad de Daniel Schweitzer nada más noblemente convergente y nada más lejos de la disolución moral que ese le imputa. Muy joven, estudiante todavía, su trabajo y su talento le

dieron una holgada situación y consiguió ahorrar algunos miles de pesos, pero un revés de la fortuna sufrido por su padre lo hizo desprenderse de cuanto poseía en favor de su padre anciano y arruinado, incrementar luego su trabajo y subvenir con su esfuerzo al sostén de toda una numerosa familia: padre, madre, hermanos y hermanas menores.

Y en esta tarea, que ha durado muchos años, le ha sorprendido la infame deportación y la acusación de disolvente que se le hace por la espalda. Daniel Schweitzer no sólo se stuvo a los suyos; educó a sus hermanos y a su esfuerzo y sacrificio se debe que su hermano menor haya conseguido recibirse de médico y pueda desde hace unos cuantos meses, coadyuvar a la tarea de mantener la casa común.

Y a este hombre, que así vive en la edad de la juventud y de las ilusiones, que así se sacrifica y se abnegá por los suyos, se le llama disolvente, y note el Sr. Capitán Bari que no solo Daniel Schweitzer se sacrificaba por su familia: también se sacrificaba por el bien social: son innumerables los pobres que él defendía gratuitamente y con sacrificio hasta de su propio porvenir pues la defensa de los que han hambre y sed de justicia, de los pobres, desheredados a quienes persigue la fobia de los capitalistas iracundos, atrae el rayo sobre la cabeza de los defensores.

Defensa de Schweitzer es el proceso de los subversivos, el de San Gregorio, el de Puerto Natales y el de tantos y tantos otros.

¿Qué significa este cargo de disolvente si se puede aplicar a un hombre de tanto espíritu social como Daniel Schweitzer? O esta palabra no tiene ningún sentido o es un pobre sofisismo explicatorio hecho a posteriori para disfrazar la verdad del atropello incalificable!

También el Sr. Bari le ha hecho el cargo de ser peligroso.

¿Peligroso para qué?

¿Peligroso para el orden político existente?

Tan deleznable es este orden político apoyado por 25,000 hombres armados hasta los dientes, que uno solo inerme los hace temblar?

¿Por qué era peligroso? ¿Porque era talentoso y elocuente? ¿Porque había hecho mucho bien al proletariado y este se lo agradecía y le manifestaba adhesión?

Entonces todo hombre superior es peligroso para este régimen de espionaje, de tiranía, de hipocresía y de bajeza, que han implantado los militares. Pero no hay tal.

Schweitzer no era peligroso para el bien social; era al contrario, útil, y su presencia en caso de un conflicto, que será inevitable entre los militares y el pueblo, habría servido para amortiguar el choque, para anaciguar a los exaltados para dar una nota de humanidad en medio de los ardores de la lucha.

Los hombres de espíritu y de ideales no son peligrosos sino para los malvados y criminales, que temen con razón que la palabra de los apóstoles acelere su caída inevitable.

Hombres peligrosos son los militares: están armados y lo que es peor, dispuestos a sacar el sable para imponer su voluntad, la cual solo prospera por el miedo que infunden en las masas populares. Prueba de que son peligrosos lo vemos en la destrucción de toda nuestra vida republicana, Presidente, Congreso, Tribunales, prensa, libertad, desmoronada al menor ruido de sus sables amenazantes.

Y no se extrañe que se hayan desmoronado y disgregado esas fuerzas espirituales, porque la fuerza ciega nada respeta y a su paso furibundo y desatado no puede resistir la fuerza moral.

Pero ella no muere: revivirá, se organizará y tendrá a su servicio nuevas fuerzas físicas que sustituyen a las que le fueron infieles, y entonces éstas, faltas de razón y de justicia, serán precipitadas a su turno por las fuerzas populares renovadas.

El sacrificio de Schweitzer no impedirá este fenómeno fatal, porque los hechos sociales no se atajan con torpes medidas individuales. El hombre se agita y la humanidad lo conduce. A falta de Schweitzer, otros hombres predicarán la verdad y otros organizarán la resistencia.

Pero no solamente es falso este hecho de la conspiración, sino que él es absurdo y falso de toda lógica formal.

Los únicos que pueden conspirar y han conspirado efectivamente son los militares. Vasta fué su conspiración y de resultados patentes y reales.

Los civiles no podemos conspirar porque

la conspiración supone el concierto secreto de los jefes para una insurrección, y los civiles no tenemos soldados que nos obedezcan ciegamente, por razón de simple disciplina, como los militares. Dos son los tipos fundamentales de revuelta armada: la conspiración y la asonada o rebelión popular.

La primera es el tipo militar: para ella basta el concierto de los jefes, el acuerdo privado y secreto de los conjurados; para la segunda se necesita el alzamiento en masa, pública e irresistible, del pueblo entero; el cual no obedece por disciplina sino que es colectivamente arrastrado por convicción y por sentimiento.

Los civiles no tenemos soldados que nos obedezcan; si estamos descontentos con la tiranía y queremos reemplazarla violentamente, no nos queda otro camino que la rebelión abierta y franca, la cual no puede hacerse sin el estremecimiento social, sin la honda psicológica, sin la pasión popular exacerbada por la tiranía, por la injusticia o la miseria.

Y estas rebeliones públicas, que serán seguramente las que acaben con el régimen militar si este no abandona su política de tiranía y de engaños, son incontenibles, como todo movimiento verdaderamente social.

Cuando la medida esté colmada, cuando el cansancio agobie a los hombres, cuando el descontento los una a todos, cuando la miseria y la injusticia los abrume, el pueblo se alzará en grandes masas y será incontenible. Ni armas necesitará porque entonces los martillos, los chuzos, las palas, los palos, las piedras servirán de armas suficientes y el temor solamente bastará para

que los militares vuelvan a sus cuarteles de donde no debieron haber salido nunca a destruir las instituciones de la Patria.

Y ni aun esas armas serán necesarias: bastará la huelga civil republicana, un paro general de todas las actividades, de los Tribunales, oficinas, comercio, industria, agricultura y minas, bastarán los brazos caídos, la pasividad formidable de la gente libre, que se niegue a la servidumbre infame para que los militares abandonen el gobierno de una máquina social cuyos delicados resortes de seguridad, de libertad y de justicia, no saben manejar.

Y este gran fenómeno social no será culpa de ningún hombre, no será ni siquiera necesario predicarlo. Ya la idea fundamental está tomando cuerpo en todas las conciencias del proletariado y de la clase media, que son los verdaderos derrotados en la jornada heroica del 5 de Septiembre.

Entonces comprenderán los militares que la deportación de Daniel Schweitzer fué un grave error político, porque ella les arrancó la simpatía de la opinión, sin la cual ningún gobierno puede subsistir ni prosperar.

Pero yo no he venido aquí a atacar este acto desde el punto de vista político, sino sólo a considerarlo desde el punto de vista moral, es decir a la luz de los principios de justicia y de humanidad, y creo haber dejado en la conciencia de los que me escuchan la convicción de que él no es simplemente una tontería, como la ha afirmado un periodista complaciente, sino que es mucho más que eso: es un crimen inexcusable y es verdaderamente indigno que haya hombres capaces de justificarlo.

El Problema Municipal

Estaba Escrito

Decíamos en el pasado número de "Claridad" que las directivas del movimiento militar se iban a distinguir si eran de creación o de reacción, por los actos mismos del nuevo gobierno y que la manera de saber si era de creación era viendo nacer los poderes de la voluntad popular, y si era de reacción, saliendo de manos del Ejecutivo.

Esto último es lo que ha ocurrido.

Disueltas algunas Municipalidades, el Ejecutivo nombró Juntas de Vecinos en su reemplazo, escogiendo su personal de entre lo más linajudo y encumbrado de la sociedad chilena.

Esto se hacía, sin duda, para demostrar las intenciones democratizantes de los nuevos detentadores del poder. Pero las personas que gobernan han dado otra explicación a lo hecho.

Han declarado que al hacer tales nombramientos les ha guiado el propósito de salvaguardiar los intereses de los respectivos Municipios, colocando a su frente exclusivamente a personas de reconocida honrabilidad y honradez, que sean una garantía para realizar su plan de regeneración de la autoridad municipal.

Veamos si esto es verdad.

Para muestra, un botón.

La desmoralización de los servicios municipales ha culminado—sobre todos los demás—en la rotación de la manera de aplicar la Ley de Alcoholes, extendiendo al infinito las facilidades para la instalación de tabernas, bares y cantinas y cubriendo su ilícito comercio con el manto protector de la influencia.

Pues bien, entre los regeneradores del nuevo régimen, figura don Alberto Valdivieso M.

Veamos si esta persona es la más indicada para hacer el papel de regenerador.

Quién es el señor Valdivieso?

Este caballero heredó de su papá una viña en los alrededores de Santiago: la viña Santa Elena, ubicada al extremo del barrio Maestranza de Santiago. Esta viña hace ya varios años fué arrasada y vendida en lotes para edificar, pero a pesar de los años transcurridos desde que las parras fueron arrancadas, aún hasta la fecha en las cantinas de Santiago se vende el ponderado vino Santa Elena de don Alberto Valdivieso M.

Otro antecedente del señor Valdivieso.

En 1919 hubo en Santiago una fuerte agitación entre las clases trabajadoras. Existía entonces la Asamblea Obrera de Alimentación Nacional, que hizo a nombre de las clases obreras una serie de peticiones al gobierno. Entre las peticiones hechas, la que tenía el carácter de mayor urgencia

cia, tal como ahora, era la que se refería al abaratamiento de la vida.

Fué tal la pasión y energía que las clases laboriosas pusieron en su campaña, que el gobierno se vió obligado a arbitrar algunas medidas. Resolvió poner en práctica un recurso que se estimó salvador, para abaratar la vida: creó una serie de Almacenes Fiscales, en los cuales, se decía, se venderían los artículos alimenticios a precio de costo.

Se nombró un jefe de todos los Almacenes, con el título de Director de Alimentación.

En ese mismo tiempo, el señor Valdivieso abrió desde las columnas de "El Diario Ilustrado" una envenenada campaña de difamaciones y calumnias contra las clases obreras organizadas, atribuyéndoles cuanto delito es imaginable.

Ninguna persona, pues, más indicada que él para ser nombrada en la Dirección de Alimentación, que iba a abaratizar la vida de las clases populares.

El señor Valdivieso fué nombrado jefe de los Almacenes Fiscales.

Estos Almacenes fueron de una duración efímera. Se cerraron a causa de que los funcionarios encargados de abaratizar la vida, malversaron los fondos dedicados a ese objeto, guardándose los para sí.

Varios de aquellos funcionarios hubieron de concurrir como reos a los estrados judiciales.

Como en el asunto había mezclada mucha gente bien, se le echó tierra. El expediente se archivó y hasta el día de hoy no hay sentencia en ese proceso escandaloso, en el que todos los procesados están en libertad bajo fianza.

Después, en 1920, ocurrió la odiosa persecución reaccionaria bajo el gobierno de Sanfuentes, inspirada por Ladislao Errázuriz y Lorenzo Montt. La opinión pública señaló al señor Valdivieso como uno de los organizadores de la Guardia Blanca. La juventud "blanquista" lo aclamó como uno de sus jefes. Su actuación de esa época ha quedado en la penumbra.

Llegó el año 1921 y con él las elecciones municipales de Abril. Como es natural, un hombre público de los merecimientos del señor Valdivieso, tenía que ser obligadamente candidato. En efecto, presentó su candidatura a municipal por Santiago.

El señor Valdivieso es hombre tan linduado como rico. Sus amigos son igualmente ricos y linajudos. Hicieron, pues, una gran Caja Electoral para sostener su candidatura. Ellos sabían bien que el electorado era compuesto por gente por ellos despreciada, venales, corrompidos, cohecha-

bles, la hez de la sociedad, el picantaje, en fin...

Llegó el día de la elección. La gran caja electoral abrió su boca para vomitar billetes, que servían para "gratificar" a los "ciudadanos conscientes" que votaran por el señor Valdivieso. El día fué agitado. El acarreo de ciudadanos fué intenso. La labor improba. En la hora del escrutinio, el señor Valdivieso y sus amigos sufrieron la más amarga de las decepciones. Los ciudadanos conscientes, a pesar de la gran Caja Electoral del señor Valdivieso, se habían negado redondamente a votar por tan distinguido caballero, que tenía en su haber la brillante hoja de servicios públicos que se acaba de relatar.

Desde 1921 a 1924 el señor Valdivieso no se mezcló para nada en la vida pública. No volvió a las andadas. Tampoco fué candidato en 1924.

Hombre práctico, no quiso exponerse a solicitar de las ingratas multitudes un favor que éstas no sentían mayor deseo de concederle.

El señor Valdivieso tenía preparado otro "panizo".

Ahora el señor Valdivieso es uno de los regeneradores de los servicios municipales de la capital, nombrado por sus amigos del Ejecutivo.

JULIO E. VALIENTE.

Problemas Sociales

FUERZA Y FLAQUEZA

El poder capitalista, es decir, el derecho del más fuerte, domina nuestra época. Si tal poder es la consecuencia de la evolución económica, no es menos el resultado de la no resistencia de la masa al establecimiento y de su resignación al yugo establecido.

Es indudable que esta masa se rebeló muy a menudo contra la dominación y la explotación pero esas rebelías parciales o fragmentarias, sin finalidad definida, abortaron siempre, y la esclavitud de la masa se acentuó más una vez pasadas las pequeñas ráfagas cuyo soplo no fué suficientemente poderoso. Los nuevos amos, cualesquiera que fuesen sus etiquetas, detentaron siempre la autoridad en todas sus formas y lograron acaparar en su provecho toda la vida económica.

Concentrando entre sus manos los fueros productivas; sumiendo a los asalariados en una condición material y moral inferior; creando, en una palabra, una nueva esclavitud bajo la forma del asalariado, ¿mostró el capitalismo una potencia real? ¿Ha engrandecido el dominio social y aumentado colosalmente sus riquezas, como hubiera podido hacerlo gracias al desarrollo del maquinismo? ¿Hizo avanzar el progreso en beneficio de la humanidad mejor que forma social alguna, como pretende creerlo y hacerlo creer?

¡No! Su prestigio tiene mucho de aparente.

Ha creado un medio inapto para dar a todos el derecho a la existencia; inapto para desenvolver en todos sus virtualidades, pues este medio se ha constituido en un poder formidable de explotación del hombre por el hombre. Además, ha roto todas las relaciones fraternales, todas las solidaridades que decuplican las fuerzas individuales, protegiéndolas contra las tentativas agresivas de los más fuertes (quiero decir de los más astutos, de los más despiertos de escrupulos). Y la competencia desenfrenada, la agudización de los antagonismos de clases a clases, de grupos a grupos y de individuos a individuos produjeron tal perturbación en la sociedad capitalista, que hoy, cuando los trabajadores quieren unirse, concentrarse para la resistencia, no pueden despojarse de los sentimientos antagónicos, de las desconfianzas y de las asperezas que se manifiestan en la lucha económica, competitiva, del capitalismo.

El Dinero, este fiel contraste del valor individual, según la moral burguesa, ha deformado nuestra mentalidad a tal punto, que ya no nos consideramos más que como máquinas de ganar el peculio; máquinas de ganar antes bien que máquinas de producir, lo que, por lo demás, y en ambos órdenes de ideas, deteriora la naturaleza humana.

En tales condiciones, el idealismo, que constituye la principal razón de ser de la existencia, ha sido aplastado... Se dice: "Cantinela pura, el idealismo: vieja can-

tina!" Hasta los socialistas han experimentado esta influencia, y en la evolución social no han visto sino el juego de las fuerzas económicas: después del feudalismo, el capitalismo; después del capitalismo, el obrerismo; tesis verdaderamente demasiado simplista, pero que dimana fatalmente también del régimen capitalista actual.

Mas, por lo mismo que todas las fuerzas gubernamentales y económicas estrujan al individuo, le someten y le empequeñecen, constituyen, más bien que fuerza, una irremediable flaqueza. Y no hay paradoja.

El bandejado financiero, la conquista por el hierro, la sangre y el saqueo de los pueblos llamados inferiores, por ejemplo, son necesidades económicas del capitalismo; un derecho de esclavizar, por medio de los fusiles y los cañones, de la civilización (¿?) capitalista y burguesa.

¿Es eso un signo de verdadero poder, una señal de progreso social? No, evidentemente.

Porque la masa viva aplastada por la clase dominante, hay razón para creer que esa masa es inferior a la minoría que la aplasta? Y ¿qué significa eso de inferioridad? ¿Cuál es el verdadero criterio acerca de ella? Misterio...

¡Cómo! una minoría gobierna, dirige, explota arbitrariamente a la mayoría de los hombres y les impide desenvolverse, desplegar enteramente sus facultades, utilizar a más y mejor su actividad, y ha de declararse que ese poder capitalista usa de una fuerza verdadera producida por su superioridad intelectual para dirigir por órgano de la autoridad gubernativa y los medios económicos de que se ha apoderado por la astucia, privando de ellos a la gran masa; ha de declararse, digo, que esa minoría de burgueses y de capitalistas juega un papel verdaderamente civilizador y constituye una fuerza social poco común y bieneschora de verdad! Aquí si que hay paradoja!

Por el contrario, esta minoría demuestra una debilidad real al mantener la impotencia de la mayor parte de las individualidades a fin de conservar para ella sola la fuerza, es decir, el derecho a explotar y a dominar.

Al ahogar los sentimientos verdaderamente sociales de los individuos, origina la debilidad, o más bien es ella, esa minoría quien denota su flaqueza, puesto que es incapaz y se niega categóricamente a provocar la expansión individual, dedicándose a detener el vuelo de las facultades y de las actividades en gestación dentro de cada uno de nosotros.

¿No reprime la actividad productiva creando condiciones de trabajo particularmente penosas, pero establecidas completamente a beneficio suyo? ¿No neutraliza el genio inventivo y artístico con el exceso de trabajo, que crea la miseria, aunque parezca contrario al buen sentido?

Monopolizando la fuerza para ella exclu-

sivamente, la minoría privilegiada se acusa, pues, débil desde el punto de vista social. No trabaja en la obra civilizadora, por el contrario, la deteriora o la reduce al mínimo de esfuerzos.

Luego esta fuerza capitalista es, sobre todo, una fuerza brutal, y no es la brutalidad, que nosotros sepamos, un factor del progreso; lejos de ello, puesto que el progreso consiste en eliminar todas las causas de brutalidad. En efecto, la brutalidad tiene el desarrollo intelectual y social, que tiende a asociar a los hombres libre y armónicamente.

* * *

Nuestras sociedades han creado en su seno una solidaridad particular: solidaridad de explotación por el capitalismo; solidaridad patriótica por el militarismo; solidaridad moral (moral burguesa) por el mantenimiento de la ignorancia y el cultivo de los prejuicios; todo ello sabiamente consolidado por los códigos y al abrigo de los soldados, los guardias civiles y los carceleros. Es la solidaridad de los parásitos. Es un bloque, y este bloque aplasta a todos los hombres libres, a todas las almas generosas, a todos los que se niegan a venderse, como también a la gran masa de los trabajadores.

Nosotros pretendemos que la solidaridad debe establecerse libremente para que las fuerzas individuales, no reprimidas por el medio, puedan, en virtud del libre ejercicio, constituir una verdadera potencia social.

La solidaridad y la ayuda mutua que se establezcan en cada grupo, en cada corporación, no serán reales sino una vez derribadas todas las fuerzas coercitivas que paralizan su desarrollo.

La solidaridad centuplicará las fuerzas de cada uno en vez de concentrarlas en una pequeña minoría y en su único provecho.

Centralización estatista, acción gubernamental, fusiles, cañones, bancos y apropiaciones individuales (o de clase) de los medios de producción, todo eso nos oprime y es imposible descubrir en ese agregado algo que asuma un papel civilizador.

Las épocas de civilización elevada, no fueron, al contrario, todas aquellas en que el hombre llegó a organizar rudimentos de sociedades libres? Véase la Grecia antigua y las ciudades libres de la Edad Media.

Por consiguiente, pretender que la sociedad burguesa omnipotente ilumina el mundo con su luz, es, pues, un error necio.

* * *

Por lo demás, repugna tanto a los individuos ser regimentados y soportar la férula de los amos, que se evaden lo más posible de esa contextura social cuya fuerza sólo lo es de aplastamiento. Es tal la necesidad que tienen de desenvolver su individualidad que, a pesar de los prejuicios adquiridos y de los hábitos contraídos, buscan siempre la manera de solidarizarse libremente fuera de las autoridades constituidas.

¿Qué otra cosa es, en efecto, ese desarrollo creciente de asociaciones y de grupos para pensar, ayudarse, producir, consumir, luchar, divertirse, ocuparse de mil cosas más o menos interesantes, sino la rotura de las disciplinas inmuestas y del vano formalismo? Esta solidaridad congrega fuerzas reales que rompen, sin darse cuenta de ello siempre, el viejo mo'de en que el autoritarismo quisiera seguir ajustando al mundo.

Luego si los más hábiles, los más ladinos, los más desprovistos de escrupulos—los privilegiados, en suma—se han apoderado del poder y de la potencia económica por la fuerza o la astucia, y son hoy los únicos beneficiarios de la organización social que ellos mismos constituyeron, y especialmente porque ellos mismos la han constituido, no pueden considerarse como una fuerza social indispensable sin mentir descaradamente.

Desde el punto de vista social, como nosotros debemos comprenderlo, su fuerza no es más que aparente. Su dominación es la consecuencia de la flaqueza social, de la debilidad económica y de la flaqueza moral, puesto que organizaron la explotación del hombre sobre el hombre, sin hablar de todas las incoherencias del estado económico resultante de esta organización social. Sobre todo—y ese es un crimen—, han encogido, aniquilado toda la colosal potencia de energía que residía en nosotros, todas nuestras cualidades imaginativas, inventivas e idealistas que dan a la existencia un objeto y un atractivo. Por añadidura, el dinero ha corrompido todos nuestros sentimientos: no somos ya otra cosa más que máquinas de ganar dinero y, por lo mismo, máquinas de explotación recíproca.

SIMPLICIO.

GATH & CHAVES Ltd.

Los más grandes almacenes de Sud América en ropa de vestir para hombres, señoras, niños y bebés. Casas de compras
en Londres, París, Nueva York y Alemania

GATH & CHAVES

Dos Convenciones

LA CONVENCIÓN RADICAL—

La Convención celebrada últimamente por el Partido Radical, ha servido para dejar una vez más establecido que no existe ni puede existir ningún vínculo de relación entre el proletariado y dicho organismo político, porque son opuestos sus intereses y distintos los fines por ambos perseguidos.

Servirá también para tranquilizar la inquietud oportunista de algunos defensores líricos de la libertad, aparecidos después del golpe militar, que se han mostrado sorprendidos porque el pueblo no ha salido a la calle a gritar en favor de las decantadas libertades republicanas.

El discurso del presidente de la Convención no adelantó un sólo concepto que diera a entender que el partido, a lo menos en abstracto, se interesaba por humanizar la vida miserable que arrastra el proletariado.

Todo él se concretó a historiar acontecimientos por nadie desconocidos y a reclamar el pronto restablecimiento de la normalidad civil.

El principio espiritual de la doctrina radical frente a la libertad no se vió por parte alguna.

Aún más, hacia completa fe al manifiesto de la Junta Militar y a la elevación de propósitos del movimiento reaccionario triunfante el 5 de Septiembre.

¡Para qué decir que no abordó ningún problema que fuera a herir los intereses del Capitalismo o del Estado, cuando el partido radical — al igual que todos los demás partidos políticos, desde el demócrata hasta el conservador — ha sido siempre un decidido sostén de tales entidades!

Otro de los oradores que hace de caudillo de la corriente joven que por ahora impulsa rumbo al partido, habló haciendo resaltar el peligro que significaba el hecho de que el proletariado llegara a embarcarse en una aventura revolucionaria al margen del Partido Radical.

Dijo que toda revolución debiera inspirarse en principios republicanos y no en satisfacer necesidades estomacales como pensaban algunos obreros y empleados particulares.

De consiguiente, era preciso que todo quedara subordinado a la dirección renovadora del radicalismo.

En presencia de estas aberraciones no sabíamos decir si se trata de una perturbación de criterio o de una apreciación errónea e infantil de los hechos.

En efecto, todos saben que mientras el Partido Radical estuvo en el gobierno no propició seriamente una sola reforma doctrinaria digna de tomarse en consideración.

No se interesó ni por la separación de la Iglesia y el Estado, ni por la laicización de la enseñanza, ni por ninguno de los otros puntos que tiene anotado en su programa como enseña de combate.

Para qué vamos a suponer que insinuó siquiera disminuir la subida cuota asignada al presupuesto de Guerra, que trató de reducir el servicio militar obligatorio, o que libró batalla oponiéndose al aumento de las contribuciones que día a día oprimen más al trabajador, cuando esto ni siquiera en sueños sería capaz de concebirlo y a lo mejor lo estime como una injuria a la memoria veneranda de los Gallo, de los Matta y otros fetiche patriarcas que idolatraron los radicales.

No queremos recordar las medidas que ministros radicales adoptaron, no sabemos en nombre de qué principios, contra individuos que públicamente exponían sus ideas contrarias al régimen existente, para que no se diga que nos ensañamos con los vencidos.

Y a pesar de esta triste historia de perseguidor de la libertad — no de la libertad republicana, por cierto — que tiene a su haber el Partido Radical, se atreve a hablar por boca de uno de sus más señalados corifeos, de ser el único grupo social capaz de orientar y hacer una revolución en nombre de los principios liberales.

¡Qué entenderá por liberalismo esta gente, santo Dios!

Es cierto que existen varios sindicatos que se preocupan únicamente de mejorar la condición material de los trabajadores; pero no lo es menos que en otros estas cuestiones, a pesar de la enorme importancia que tienen para los asalariados están relegadas a segundo término.

En estos organismos se le da tal valor a

la propaganda exclusivamente ideológica y doctrinaria, que se ha logrado formar una conciencia y mentalidad obrera que alcanza a diferenciar los principios de los apetitos puramente materiales.

La prueba de esto la tenemos en que todos los esfuerzos que han hecho los políticos para que el pueblo sirviese de carnada en un posible choque con los militares, de cuyos beneficios sólo ellos se aprovecharían, han sido inútiles e infructuosos, pues nadie les ha querido escuchar.

No crea, en consecuencia, el entusiasta defensor de los principios radicales, que tan despectivamente se expresó de los proletarios, que los ideales son desconocidos para el pueblo.

El que no pueda expresarlos en la forma brillante que lo hacen los políticos profesionales no quiere decir que no los lleve en potencia.

LA CONVENCIÓN DE LOS EMPLEADOS—

Los empleados particulares, en presencia del decreto dictado por la Junta de Gobierno, que posterga para el año próximo la vigencia de una ley que en apariencia les beneficia, acaban de celebrar una Convención.

Esta reunión tenía por objeto conocer el pensamiento de los empleados frente a la situación creada por la disposición gubernativa, y al mismo tiempo, tomar algunas medidas en resguardo de sus intereses.

Desconociendo la forma en que se desarrollaron los debates, no podemos, naturalmente, pronunciarnos sobre el espíritu dominante en esa Convención.

Ignoramos si hubo o no diferencias doctrinarias para apreciar cuál es el rol del empleado en la actual sociedad; y si alcanzaron a diseñarse algunas tendencias que orientaran las actividades de la organización hacia los principios del sindicalismo revolucionario.

Pero los acuerdos publicados como resultado de la Convención, nos dicen claramente que nada de esto se consideró y toda la obra realizada fué dirigida a estudiar el alcance de la ley y a buscar una fórmula de avenimiento con quienes la dictaron a fin de que pronto se hicieran sentir sus efectos.

Esto, como se ve, no es mucho, y estaríamos por decir que casi no valía la pena celebrar una Convención para adoptar normas de acción tan tibias y limitadas.

Nos habría parecido mejor que el tiempo gastado inútilmente en discutir si la comisión nombrada por el Gobierno inspiraba o no confianza, y en aprobar votos de aplauso a la prensa, se hubiere dedicado a una intensiva propaganda en bien de la organización para librirla de todo matiz político y de todo procedimiento legalista.

Los empleados deben comprender alguna vez que ninguna ley mejorará su condición de asalariados, a pesar de las medidas más o menos favorables que en ella puedan establecerse, si no tienen un organismo sindical fuerte y poderoso capaz de imponerse a la avaricia patronal.

Y esta es obra que debe realizarse lejos de toda influencia estatista; porque, dentro de los medios legales, siempre tendrán los patrones mayores recursos para eludir las obligaciones de la ley que los empleados para hacerlas cumplir.

Además, no deben ignorar que ante una emergencia que ligeramente menoscaba los privilegios del capital, como acabamos de ver en el conflicto recién planteado, el Gobierno estará incondicionalmente a favor de los patrones porque es esa y no otra la misión que está llamada a satisfacer.

Por otra parte, el fondo del problema de los empleados, como igualmente el de los obreros, no está en obtener aumento de salarios, reconocimiento de años de servicio y otras ventajas efímeras y pequeñas, sino en prepararse para efectuar la abolición del capitalismo y la expropiación de los actuales medios de producción.

Y esta acción no podrá desarrollarse al amparo del Estado, sino contra todas sus medidas legislativas y de coerción.

Por eso estimamos que es incongruente solicitar el cumplimiento de leyes que en el mejor de los casos retardarán el avenimiento de un estado social más equitativo y justo, y adormecerán el carácter agresivo y revolucionario que debe dominar en el sindicato moderno.

Es de esperar, pues, que un espíritu más avanzado que el que dejó entrever la Convención de Santiago predomine en el Congreso que los empleados van a efectuar en los primeros días de Diciembre en Valparaíso.

Si así no fuera, sería preferible que no se preocuparan de organizarse y fueran a engrosar las filas de los centros recreativos y de las academias de bailes.

ADRIANO.

FIGURAS DE ACTUALIDAD

¿Para qué callar más tiempo? Bastante desconsoladora es ya la actitud de aquellos que creímos fuerzas vivas de la República. Y a esto hay que sumar la enorme desorientación, hacia un propósito visible, de los únicos hombres de valor que hasta ahora han alzado su voz y tirado sus palabras desafiantes contra la muralla de la incomprendición, porfiadas de algunos e idiota de otros.

Somos un país dormido. Peor que eso: un país sonámbulo que va hacia donde los amos lo empujan, sin darse cuenta por dónde va, ni adónde llegará.

Es verdad que el movimiento militar del 5 de Setiembre encontró al país indignado contra la ya gruesa calamidad parlamentaria; es verdad que nadie sabía lo que los nuevos pseudo-gobernantes pretendían; además, a esto hay que agregar las promesas falaces e interesadas de ellos. Todo eso es verdad. Sin embargo no es posible negar que parece que la dignidad del pueblo, en esta ocasión, ha estado a muy poca altura.

Ahora vemos que el gobierno militar se aferra más y más al poder, deshace algunas leyes y hace otras que más le benefician. Todo se reduce a obras con la mayor torpeza imaginable. Nada más. Peor que antes!

Ya es tiempo que todos los hombres que aún tengan un poco de dignidad en un rincón de su alma, se desilusionen de la esperanza de que los militares puedan remediar y torcer hacia el bien del pueblo.

Parece que una bruma de mistificación ha enceguecido los ojos. Hasta ahora, sin embargo, ha habido hombres que han levantado la voz como grandes columnas de protesta. He ahí los únicos pocos donde se refugiaron las ansias de libertad y se concentraron para estallar en voces hacia todos.

Sólo algunos hombres. Sólo unos pocos. Todo el resto parece que guardaba oculta una esperanza que ha sido fatal.

Ahora, sólo ahora, estamos viendo unánimes y organizados hacia un propósito franco y agresivo a las organizaciones estudiantiles, los profesores primarios y algunos obreros.

En cambio por el lado del engaño y de la fuerza, todo individuo que sentía el uniforme militar sobre su persona se ha creído en el derecho — entienda o no — de hablar sobre legislación.

Hay algunas cosas que dan risa: Basta sólo temer el grado de teniente — o cualquier grado — para volverse periodista, escribir en todos los diarios, pregonar el régimen del sable en toda tribuna, y lo que es peor aún, creerse apóstoles incomprendidos de una verdad desconocida. Es así como vemos casi todos los diarios llenos de firmas de tenientes, capitanes, mayores, etcétera, discutiendo ardorosamente, con argumentos de verdaderos colegiales primarios, los más elevados problemas sociales y filosóficos, para los cuales no basta el uniforme militar ni ningún grado superior de mando, sino un alto grado de estudio, de perfección espiritual y de desprejuiciación absoluta. Todo eso se lo podemos negar a los militares, por el sólo hecho de ser seres disciplinados hasta lo absurdo. Si tuvieron cuando niños el deseo natural de pensar y reflexionar, indudablemente, tuvieron que atrofiarlo o perderlo después.

* *

Sí, amigos! Es conveniente no dejar solo a los únicos hombres que hasta ahora han tirado y sembrado sus palabras ardientes en todas partes.

Esta vez, aunque sea, gritemos hasta que se nos oiga; esta vez, siquiera, hagamos una hoguera de voces para encenderlo todo en un anhelo de verdadera libertad.

GERARDO SEGUEL.

COMENTARIOS

LIGERAS REFLEXIONES—

Lo dijimos en otra ocasión y nos vemos nuevamente obligados a repetirlo ahora.

El mismo espíritu idolátrico que distingue al rebaño de creyentes en el fantasma divino, es inherente a hombres y multitudes que se precian de progresistas y desprejuiciados. En nada se diferencian.

Mientras aquellos se arrodillan, emborranos, contritos y temerosos a elevar una plegaria al "Dios de los cielos" para que los libre de las calamidades terrenales, éstos dominados por un fervor igualmente místico, van sobrecogidos de pavor a imponer la protección de los nuevos ídolos para fortalecer su ilusión en el advenimiento de "días mejores".

Y balbucean los mismos rezos, entonan los mismos cánticos y cumplen las mismas indicaciones del ritual que son comunes para todos los siervos y para todos los esclavos.

Es así como ya se ha confeccionado un calendario rojo que en nada desmerece del que tienen los católicos o del que adoran los patriotas.

Por aquí, gritos destemplados y hospicios que nos aturden los oídos, vivarán a "San Marx", "San Trotzky" y "San Lenin", santo de santos; más allá los favorecidos serán "San Malatesta" y "San Kropotkin"; y más lejos aún chillidos guturales clamará por "San Alessandri" o "San Cómez Rojas".

Existen, además, fechas sacramentadas: el "Día de la Resurrección del Señor", de los "Héroes de Talca", de la "Revolución Rusa", del "Asalto y saqueo a la 1.30 de la tarde" ante las cuales doblarán con unción religiosa la cerviz.

Feliz o desgraciadamente han sido siempre así las multitudes, todas las multitudes.

Sirven o se prestan del mejor grado para que las aproveche — como hembras en celo — el caudillejo audaz y atrevido que pueda engatusarlas con una frase sonora o con una esperanza cualquiera.

Esto, en último término, no nos importa mucho.

Si son incapaces para cultivar su "yo" y aspirar a una vida libre y hondamente humana, que continúen vegetando en el pantano de las idolatrías y sumisiones milenarias en que se desenvuelven. Han nacido predestinadas para la esclavitud y nadie ni nadie hará torcer el rumbo de sus destinos.

Los que en la actualidad se precian de liberales y luchan contra el despotismo del sable, son los mismos que irán gustosos el día de mañana a caer en la tiranía de los partidos y del sufragio universal. No comprenden que es siempre un amo al que tienen que someterse.

Y si más tarde llegan al poder, en nombre de una pseudo-libertad, dictarán leyes para regir la vida de otros hombres. Se llaman, sin embargo, espíritus inquietos y torturados por las mayores ansias de libertad, y en realidad apenas alcanzan a ser demócratas vergonzantes.

Está escrito: sólo se salvará el que tenga verdadera pasta interna de individuo libre, sin taras ideológicas ni protuberancias morales.

SE SALVO EL PRESTIGIO—

La forma como los obreros fueron sorprendidos por el golpe militar del mes de Setiembre, los acuerdos que algunos sindicatos tomaron para fijar su posición frente al acontecimiento, y las esperanzas que otros abrigaron sobre la finalidad del movimiento, hicieron pensar a muchos que el sindicalismo de este país tenía todos los arcaicos rancios y conservadores de las sociedades mutuales.

Afortunadamente esto no pasaba de ser una apreciación ligera y malévolas de esas que se emiten sin mayor conocimiento de las cosas.

El sindicalismo chileno es pura y esencialmente revolucionario y su prestigio acaba de ser salvado y puesto a la altura que las circunstancias lo requerían.

A la Federación Obrera le ha cabido el honor de mantener los principios en esta jornada heroica.

Para probar que ante nada se detiene ni amedrenta y que sus ideales están inspi-

rados en una franca lucha de clases, ha enviado una larga comunicación al Comité Militar en la cual le indica la forma cómo se podría salvar al país.

Después de recordarle que no ha dado cumplimiento a ciertas promesas democráticas que hiciera en el momento de derrocar al Gobierno de Alessandri, le dice que los partidos políticos están saturados de corruptelas e inmoralidades, que el pueblo es explotado por el capitalismo extranjero y vive en una condición miserable. Le agrega que si la oficialidad idealista del Ejército procediera a estabilizar la moneda y permitiera que un obrero fuera elegido miembro de cada nueva Junta de Vecinos que se nombre en reemplazo de las antiguas municipalidades, el problema social estaría a punto de ser resuelto.

Ha conocido alguien un procedimiento más sencillo y de mejor eficacia para hacer peligrar el orden existente?

¿Quién fué el travieso que dijo que no tenía una orientación avanzada y revolucionaria el sindicalismo de este país?

Si después de leer y reflexionar sobre los puntos del petitorio enumerados más arriba, quedara alguna duda, sólo restaría lamentar la ceguera que impide ver a esos impenitentes incomprensivos.

NO ES REVOLUCIÓN—

No se puede negar que los tiempos que corren son propicios para el equívoco y la desorientación.

Hasta los espíritus más lúcidos parecen haber perdido el control de sus facultades, al emitir opiniones como lo haría cualquier "niñito bien" ayuno de ideales.

En efecto, por todas partes no se oye hablar sino de la "revolución del 5 de Setiembre", de la caída del "antiguo régimen", del principio de la "nueva era", etcétera.

Y bien sabemos cuán lejos de la verdad están estas afirmaciones.

Lo que hicieron los militares el mes de Setiembre, no es ni con mucho una revolución; apenas llega a los límites de un motín o de una insurrección más o menos afortunada.

Una revolución envuelve algo más que la deposición violenta de un Presidente, la clausura de un parlamento o la expulsión de empleados públicos corrompidos.

Estas podrán ser medidas de buena o mala política, pero que no tienen, en ningún caso, las modalidades de una revolución.

Para que una revolución sea verdaderamente tal, debe entrañar la alteración completa del régimen social político y económico de un país; la modificación substancial de las ideas y principios morales que rigen la conducta de los hombres y la vida de las colectividades; la subversión, en una palabra, de la estructura jurídica que condiciona las relaciones humanas.

¿Cuál de estas características presenta el golpe militar del mes de Setiembre?

Ninguna de ellas, por cierto.

No se puede hablar, entonces, en buen romance, de revolución o cosa parecida; a lo sumo, como ya dijimos, de motín o de insurrección, y todavía adelantando un juicio benévolos y complaciente.

TRES OPORTUNISTAS—

Es harto sensible que la reacción clerical-militar haya encontrado sus más firmes sostenedores y cooperadores en los elementos que figuran en los partidos que aquí se hacen llamar avanzados.

Un demócrata que llegó a Senador de la República gracias a la impetuosa de los discursos que pronunciara contra la oligarquía y el capitalismo, acaba de entregarse

en brazos de la más añeja aristocracia del pergamo y del dinero, so pretexto de defender las Universidades Libres; otro demócrata, que se hizo elegir diputado por la predica levantista con que entusiasmaba a las multitudes, se ha puesto incondicionalmente a las órdenes del gobierno de facto. Y para completar el trío de arrivistas y claudicantes, un doctor, que perteneció al partido radical, donde fracasó repetidas veces en sus propósitos de ser parlamentario, apenas vió que esa colectividad se encontraba en bancarrota, le volvió las espaldas y fundó una "Liga de Acción Cívica" de la cual se hizo nombrar presidente, a fin de ayudar a los militares a la salvación de la República.

No está demás hacer constar que estos oportunistas fueron decididos partidarios de Alessandri, cuando podía dispensar favores y protecciones.

De consiguiente, como el ser hábiles para aprovecharse de las situaciones, es en ellos una especie de segunda naturaleza, abandonarán también a los militares en el momento mismo que los vean en decadencia, e irán a lamér las plantas de los nuevos vencedores.

Naturalmente que todo esto lo harán con el más "acendrado y puro de los patriotismos".

CRITON.

EL NUEVO IDOLO

Aún hay en alguna parte pueblos y rebaños; pero no entre nosotros, hermanos míos; entre nosotros hay Estados. ¿Estado? ¿Qué es eso? ¡Vamos!

Abríd los oídos, porque voy a hablaros de la muerte de los pueblos.

Estado se llama al más frío de los monstruos. Miente también friamente, y he aquí la mentira rastrera que sale de su boca: "Yo, el Estado, soy el pueblo".

¡Es una mentira! Los que crearon los pueblos y suspendieron sobre ellos una fe y un amor, esos eran creadores: servían a la vida.

Los que ponen lazos para el gran número y llaman a eso un Estado, son destructores: suspenden por encima de ellos una espada y cien apetitos.

Donde aún hay pueblos no se comprende el Estado y se le detesta como a los malos ojos, como una transgresión de las costumbres y de las leyes.

Yo os doy este signo: cada pueblo habla una lengua del bien y del mal, que el vecino no comprende. Se ha inventado su lengua para sus costumbres y sus leyes.

Pero el Estado miente en todas las lenguas del bien y del mal, y en cuanto dice, miente; y cuanto tiene lo ha robado.

Todo es falso en él; muere el muy arisco, con dientes rohados. Hasta sus entrañas son falsas.

Una confusión de las lenguas del bien y del mal; os doy este signo como el signo del Estado.

"En la tierra no hay nada más grande que yo: yo soy el dedo ordenador de Dios" —así brama el monstruo. ¡Y no son sólo los que tienen orejas largas y vista corta los que caen de rodillas!

¡Ay! ¡también en vosotros, almas grandes, murmura sus sombrías mentiras! ¡Ay! ¡él adivina los corazones ricos que gustan prodigarse!

¡Si! os adivina a vosotros también, vencedores del antiguo Dios! ¡Salisteis rendidos del combate y ahora vuestra fatiga sirve aún al nuevo ídolo!

El Estado es donde todos beben veneno, los buenos y los malos; donde todos se pierden a sí mismos, los malos y los buenos; donde el lento suicidio de todos se llama "la vida".

FEDERICO NIETZSCHE.

Tarjetas Postales

Fotográficas de la Casa Salcedo de Valparaíso

En artistas de cine, siluetas en negro, desnudos artísticos

Gran surtido en general para saludos

Librería La Novela Ilustrada DELICIAS N.º 737

Afirmando Posiciones

A propósito del manifiesto de "Claridad"—

Cualquier movimiento que agite, como el actual, a los elementos sociales, produce naturalmente una grave confusión de doctrinas y una deplorable pérdida de orientaciones. Naufragan en el desconcierto general los principios que antes se sostenían con firmeza y hasta con intransigencia, se confunden finalidades y propósitos, y termina por incurrirse en claudicaciones y renuncias que después es difícil remediar. Conviene, pues, afirmar siempre los principios aunque la acción que las circunstancias exijan difiera algo de ellos en sus modalidades prácticas y en sus consecuencias inmediatas.

Así, en presencia de la grotesca revolución militar del 5 de Septiembre, consecuentes con nuestros principios, afirmamos, una vez más, nuestra hostilidad hacia el Estado coercitivo y violento por esencia; pero, al mismo tiempo, considerando la dictadura militar entronizada como una intensificación de las funciones liberticidas del Estado, adoptamos, frente a ella, una franca posición de combate. Comprendemos el valor relativo de los ideales y bien sabemos que en beneficio de los mismos ideales es preciso adoptar actitudes congruentes con la realidad del ambiente y del momento.

Desde luego los ideales libertarios exigen para su realización el nacimiento de una nueva conciencia, el desarrollo de hábitos inéditos de cooperación solidaria, la formación de un medio favorable al pleno florecer de las individualidades. Esos ideales son fuertes y puros porque dan al destino humano un sentido de perfeccionamiento infinito, significan una cumbre hacia la cual, según todas las probabilidades visibles, conduce la evolución histórica. Actualmente, es cierto, no tienen otra eficacia que la de la esperanza. Son energías en marcha, que se abren paso, dificultosamente, a través de la estulticia de los hombres y la solidez de instituciones seculares. Son acicate de progreso. Mientras el principio de autoridad ha levantado siempre cadalso para los esfuerzos innovadores, el principio de libertad, la crítica osada, la investigación anti-dogmática, han ido aclarando el horizonte de la vida verdadera.

Aplicados a la política, a la sociabilidad y a la economía los postulados libertarios, resultan, en la actualidad, poco menos que impracticables. Los sostendemos como una bandera de propaganda y como una anunciaciόn del futuro; estaremos al lado de todo aquello que permita acercarnos a su realización total, y combatiremos todo aquello que, abierta o solapadamente, contribuya a empequeñecerlos. Por eso hemos luchado y lucharemos contra los políticos que representan el Foder y la odiosa tiranía de la plutocracia capitalista, y luchamos hoy contra los militares que sirven desde los organismos del Estado los mismos intereses, pequeños y parásitos que los otros defendían y que continuarán defendiendo cuando entren de nuevo a disfrutar del ejercicio de la autoridad.

Nuestro criterio para apreciar el pronunciamiento de Septiembre es simple y claro: Vemos en él una crisis del Estado, el cual

empezaba a desmoronarse, como un edificio ruinoso, debido a las flaquezas y a las inmoralidades de los partidos. Las clases oligárquicas y cléricales, y la bancocracia, amenazadas en sus intereses y prebendas por una inminente intromisión violenta del pueblo, se echaron en brazos del Ejército y de la Marina, que a su vez se sentían descontentos y preteridos. Movimiento reaccionario por su cscuencia, por la fisonomía doctrinaria de sus dirigentes, por las fuerzas políticas que en la sombra fijan el cariz de sus determinaciones cotidianas, representa para todo espíritu o tendencia libre una amenaza constante y un peligro evidente. Aceptarlo como una fatal imposición de fuerza sería cobardía, y señalaría un triste desconocimiento del juego de los fenómenos colectivos; cruzarse de brazos ante él, en nombre de ideales de libertad absoluta, sería absurdo y entrañaría una inconsciente complicidad con la dictadura.

Por nuestra parte queremos el pronto término de esta situación oprobiosa por que atraviesa el país; pero no deseamos, como otros, la vuelta a la "normalidad", es decir, al imperio de las viejas instituciones, sino el establecimiento de una fórmula que, dentro de las posibilidades que pueda ofrecer el desarrollo espiritual de Chile, garantice del modo más amplio las libertades individuales y la justicia social. Contrarios al régimen imperante no podríamos sin embargo guardar contacto o reconocer concomitancias con las banderías políticas que, en un prudente y mesurado silencio, esperan que la dictadura militar se derrumbe bajo el peso de sus propias ineptas o al empuje de la asonada callejera para entrar a medrar, como antes, a costa de la indiferente pasividad de todos. Estamos franca, abierta, firmemente contra los militares; pero bastante alejados de los antiguos intereses que empiezan a manifestarse repuestos ya del estupor de la derrota y de la vergüenza de sus actuaciones últimas.

Solos como ayer, ejerciendo nuestra crítica apasionada contra este régimen, como la ejerceremos contra todos los regímenes fundados sobre la autoridad y el privilegio, quizás, sin embargo, que las fuerzas nuevas, las que no tienen complicidad con el pasado ni con el presente, se unieran para actuar y conseguir un mañana más digno. No tenemos gran fe en que esto se verifique. Faltan en Chile anhelos colectivos; los organismos proletarios carecen de cohesión y por lo tanto de fuerza y de eficacia. Pasará la dictadura militar dejando en el haber de la República un cúmulo de torpezas políticas y de inmoralidades administrativas, y, sobre todo, leyes peligrosamente reaccionarias que obligarán a repetidos y acaos violentos esfuerzos de liberación. Y subirán los viejos títeres del tinglado parlamentario — es posible que los más viejos, los más teñidos de conservantismo — a continuar el juego de sus intereses ante las miradas bobas y las sonrisas aquiescentes de un pueblo estolido, ignorante y cobarde que no sabe comprender ni se atreve a querer.

EUGENIO GONZALEZ.

CONTRA EL SUFRAGIO

Decíamos en ocasión pasada que el Estado trataba de remozarse y prestigiarse llevando a la administración de la cosa pública a los representantes de las fuerzas armadas; pero tal fenómeno no conduce a otra finalidad que la de evidenciar la crisis mundial de esta institución. Ahora bien, para contrarrestar la crítica y fomentar la ilusión en el pueblo haciéndole creer que es el soberano, le piden o le exigen, bajo sanciones legales, su participación en la gestación del Gobierno; para esto se implanta por un decreto o una ley el voto obligatorio.

Para los que aún creen en la eficacia del sistema representativo y del gobierno de las mayorías — pedestales básicos de la farsa democrática — esta obligación civil es el desideratum de las conquistas populares, pues suponen — ingenua o ladina — que se obtendrá el máximo de libertad y el mayor bienestar posible en las relaciones sociales, una vez realizadas tales aspiraciones.

Nosotros juzgamos este problema desde un punto de vista no sólo diverso sino opuesto: creemos que desde el momento mismo que un individuo elige su representante en el Gobierno u otra entidad — de buen grado o engañado — abdica parte de su libertad, va-

le decir, se esclaviza o se somete a su representante. No nos es posible concebir sea compatible con la libertad individual la delegación de poder del representado en su representante, pues desde que este acto se consuma existe autoridad y apareciendo esta se destruye la libertad, así como muere la luz cuando aparece la oscuridad.

Los defensores del Estado y, por ende, del principio de autoridad, arguyen que no hay posibilidad de convivencia humana si no se delega el poder de un hombre o un grupo de hombres en otro hombre u otro grupo de hombres. Hay en esta afirmación un error substancial, puesto que la vida social ha sido posible, lo es y lo será sin la delegación de poder, bastando para que ella se realice armónicamente la delegación de función. Siendo esto algo muy distinto a aquello, ya que no entraña la gestación de ninguna autoridad, siempre que los delegados de cada función se encarguen de realizar ésta de acuerdo con las leyes naturales que nos sirvan para interpretar los fenómenos producidos en cada función y que implican la realización de ella misma. Podemos aclarar estas premisas con un ejemplo sencillo: yo delego en mi cocinera la función de prepararme los alimentos, sin

que por esto la autorice para envenenarme o servirme comida quemada, ahumada o mal condimentada; así como ella delega en mí la función de curarla de sus enfermedades, sin que por ello me sienta yo autorizado para asesinarla o prolongarle sus achaques; pues si cualesquiera de nosotros trata de tergiversar su función doméstica o médica, el otro se rebelará y romperá el contrato social tácito en que vivimos. Vemos aquí que sin autoridad es posible en la práctica la sociabilidad, bastando cierta capacidad funcional que cada uno puede adquirir en el medio en que se vive y cierta dosis de respeto a la personalidad humana que todo ser consciente debe poseer.

Así como en esta simple aplicación del libre-acuerdo que es la antítesis del gobierno, se conserva la libertad y el bienestar de mi cecina y la mía, puede mantenerse la libertad y el bienestar de todos los individuos de una colectividad compenetrándose de las necesidades de cada uno y de las características fundamentales de su naturaleza. Y ni siquiera esto último es necesario, ya que lo esencial en las relaciones humanas sólo tiene atingencia con el problema de la producción y el consumo, fenómenos que son parte y no el todo en cada vida individual.

Sin embargo, a título de resolver asunto tan simple se ha complicado la vida del hombre y se ha creado una telaraña de instituciones que convergen al Estado, las cuales no logran satisfacer las aspiraciones y necesidades de ninguno y sacrifican — en cambio — la vida de todos.

Y no nos referimos solamente al autócratico Estado medieval — el cual está asomando nuevamente las orejas en la superficie de toda la Tierra — sino también al Estado democrático — abrillantado por la revolución francesa y hoy en bancarrota — y aún al Estado socialista — despreciado embrionariamente en Rusia. Esencialmente el Estado es el mismo aunque sus apariencias superficiales lo diferencien, ya que él pretende amparar la libertad y satisfacer las necesidades individuales, y no hace otra cosa que esclavizar a la mayoría de los grupos sociales que constituyen la masa gobernada como asimismo a la minoría privilegiada que ejerce el gobierno: en los regímenes autoritarios son ajenos a la libertad y al bienestar tanto los esclavos como los tiranos.

* *

Taemos todo esto a colación a propósito de lo que aquí sucede. En este rincón del mundo en que los militares y marinos están mangoneando, en apariencias, el gobierno (ya que desde entre bastidores son los capitalistas los que dirigen la farsa, se trata de embaucar a los incautos con el voto obligatorio).

Los demócratas y compañía se labran un pedestalito de defensores del pueblo combatiendo el voto proporcional, plural y otras lindezas por el estilo y anteponiéndole el sufragio universal. Estos chismes democráticos son cosa que a los libertarios no interesa, pues la tiranía, el hambre y la degradación humana reinan aún en los Estados que detentan la panacea del voto igualitario y universal. Lo fundamental no es tomar el cincuenta, el noventa o el ciento por ciento de participación en la gestación de los poderes públicos, sino no participar en la elección de ningún gobierno por muy demócrata que sea y empeñarse — desde luego — en una acción anti-política abierta, empezando por atacar la raíz del mal, o sea, luchando por no inscribirse en ningún registro electoral. Y si se está obligado por la violencia a ello, no votar; y si, aún, se está obligado a votar bajo la amenaza de las bayonetas, emitir un voto chusco, sufragando por el planeta Marte, el cometa Halley o el Czar de todas las Rusias. Así se hace conciencia revolucionaria y se señalan derroteros libertarios, pues proceder a satisfacer a los gobernantes que piden la venia del pueblo para justificar la implantación de la autoridad — máxima o mínima — sería embarcarse en la maraña política. Y no debemos olvidar que "el carro se empuja desde afuera", como dijo alguien a aquellos que pretendían de revolucionarios mientras participaban del poder que pretendían desquiciar.

Es así, afirmando en hechos — aunque sean aislados — como se llega a la realización irreal o lejana de los ideales. Y no hay que desmayar aunque nuestras fuerzas sean poco numerosas, pues no deja de correr el río hacia el mar porque sus aguas desaparecen del cauce casi totalmente dejando solo un hilo de plata cuando se deslizan por lechos arenosos, ya que más allá emergen a la superficie más puras, más cristalinas y caudalosas, corriendo siempre hacia el mar.

J. GANDULFO.

EL DINERO Y EL TRABAJO

ENSAYOS

Existe una opinión generalmente admitida, que el dinero representa la riqueza: que ésta es a su vez, el resultado del trabajo, y que, por consiguiente, el dinero es trabajo.

Esta opinión tiene el mismo valor que la consistente en creer que toda organización social se funda en un contrato.

Todo el mundo aparenta creer que el dinero solo es un medio para cambiar los productos del trabajo. Yo he hecho algunos zapatos, tú sembraste trigo, aquél crió ovejas. Pues bien, para facilitar nuestros cambios, inventamos el dinero, que representa una parte correspondiente de trabajo; y por medio de ese dinero cambiamos los zapatos por una pierna de carnero o por diez libras de harina.

Por medio del dinero podemos cambiar así nuestros productos y el dinero de cada cual representa, en efecto, su trabajo. Eso es perfectamente justo, pero sólo cuando sucede en una sociedad donde no existe aún la explotación del hombre por el hombre.

Pero tan pronto como se comienza a explotar con violencia al hombre y su trabajo, cualquiera que fuese la forma de violencia, entonces el dinero pierde inmediatamente su significación para aquel que lo detenta y se truca para él en la expresión de su derecho, basado, no en el trabajo, sino en la fuerza.

Cuando estalla la guerra, y un hombre cualquiera arrebata a otro alguna cosa, el dinero cesa ya de representar el trabajo, porque el dinero recibido por el soldado por la venta del botín ya no representa los productos del trabajo propio. Ese dinero no es lo mismo que el recibido por un zapatero a cambio del calzado que ha hecho. En cuanto existen también esclavos y señores como siempre se ha visto en el mundo, dinero no puede representar el trabajo. Unas aldeanas han tejido cierta cantidad de tela; la venden y reciben dinero en cambio. Unos siervos han tejido para su amo; éste último vende su producto y se queda con el precio.

En uno y otro caso el dinero es el mismo: pero en primer caso representa el trabajo, y en el segundo la explotación.

De la misma manera cuando heredo dinero de mi padre, éste sabe bien que nadie me lo podrá quitar. Todo el mundo sabe que si a alguien se le ocurriese quitármelo, o sencillamente no devolvérmelo en un plazo fijo, las autoridades tomarían mi defensa y le obligarían a restituirmelos mi dinero. Es, por tanto, evidente que ese dinero no puede representar el trabajo, como el dinero que recibe Simón por aserrar madera.

Así, en una sociedad, donde en cualquier forma existe la explotación o la violencia, el dinero no puede representar de ningún modo el trabajo. Sin embargo, en ciertos casos el dinero puede representar ya el trabajo, ya la violencia. Pero esto es solo posible en una sociedad de hombres libres, y cuando en tal sociedad se permite que ciertos hombres exploten a sus próximos.

En la actualidad, al cabo de siglos de espantosas violencias, y cuando estas violencias sin más que cambios de formas, no dejan de cometerse aún; cuando todo el mundo reconoce que el dinero acumulado no representa más que la violencia; cuando se sabe muy bien que el dinero que representa con verdad el trabajo propio no forma sino mínima parte de todo el caudal acumulado por los explotadores, atreverse a afirmar que el dinero representa el trabajo de quien lo posee, es proclamar un error y una mentira que sublevan.

Puede decirse que así debiera ser, y que es de desear; pero no hay derecho para afirmar que existe ya el hecho.

El dinero representa trabajo. Sí, representa trabajo; pero, ¿de quién? En nuestra sociedad ocurre raras vez que el dinero sea producto del trabajo de quien lo posee; representa casi siempre el trabajo pasado o futuro de los demás hombres, de los verdaderos trabajadores, representa, en fin, el trabajo obligado de los obreros, el que se les impone por la violencia.

Con arreglo a la definición más sencilla y más exacta, el dinero solo es un signo convencional, que da derecho, o más bien, medios, de aprovecharse del trabajo ajeno. En su significación ideal, el dinero no de-

biera dar ese derecho o ese medio sino en un solo caso, cuando representa efectivamente trabajo propio; pero no puede ser así más que en una sociedad donde no exista violencia. Porque una vez que una sociedad cualquiera permita y hasta consagre la explotación, es decir, la posibilidad de aprovecharse del trabajo ajeno, esta posibilidad se expresa también por el dinero.

El señor impone a sus siervos un censo en especie; deben suministrarle cierta cantidad de lienzo, de pan, de ganados, o cierta suma correspondiente en metálico. Ciertos colonos le entregan ganado y reemplazan el lienzo por dinero. El señor toma con tanto más gusto ese dinero, cuanto que sabe que le tejen el lienzo más barato, y que el dinero pagado por los siervos representa su derecho sobre el trabajo obligatorio de otros hombres.

El colono da su dinero como una letra pagadera a la vista por gentes a quienes no conoce. Estas no faltan, y están prontas a suministrar el lienzo por cierta suma metálica. Sin duda lo suministran porque no tienen tiempo para cebar el número de carneros exigidos por el señor. Y el campesino que vende sus carneros, es porque le es necesario dinero para comprar el pan que le falte ese año. Esto mismo sucede en todos los países, en todo el universo.

Se vende el producto del propio trabajo pasado, presente o futuro; se vende algunas veces el alimento propio; pero en la mayoría de los casos en manera alguna para adquirir un dinero que facilite el cambio. Lo mismo podrían hacerse los cambios sin dinero; pero, este último se exige por fuerza como un medio de explotación.

Cuando un Faraón exigía que sus esclavos trabajasen, éstos últimos le suministraban su trabajo pasado o presente, y no su trabajo futuro.

Pues bien; desde que en el mundo existe la moneda, y desde que, como consecuencia de ella, se ha establecido el crédito, se ha hecho posible enajenar el propio trabajo futuro.

Por eso, merced a la violencia que reina en nuestra sociedad actual, el dinero no representa más que una nueva forma de esclavitud impersonal, en vez de la antigua esclavitud personal.

No digo que ese estado de cosas no fuera necesario para el desarrollo de la humanidad y para su progreso. Sólo trato de darme cuenta del papel que desempeña el dinero, y de ese error general, en virtud del que admitía yo, como todos los demás, que el dinero representa el trabajo.

Hecha la experiencia, he adquirido el convencimiento de que no desempeña ese papel, sino que, en la mayoría de los casos, representa la explotación, la violencia o la complicadísima astucia que se funda en ella.

* *

En nuestra época el dinero ha perdido por completo la significación que se le quería atribuir. No representa el trabajo sino en algunos casos; por regla general, no es más que el derecho o la posibilidad de explotar el trabajo ajeno.

El hecho de la circulación de la moneda, de los diversos valores y del establecimiento de las bancas, confirma más y más este nuevo significado.

El dinero no es más que una nueva forma de la esclavitud, que no se distingue de la antigua, sino por su impersonalidad y por la abolición de todas las relaciones humanas entre los hombres.

El dinero no es más que el dinero, es decir, un valor siempre igual a sí mismo, siempre regular y legal, y cuya posesión no se reputa inmoral, como en otro tiempo lo la posesión de esclavos.

En mi juventud se jugaba a la lotería en las tertulias. Todo el mundo se entregó entonces a ese juego, y muchas personas se arruinaron con él, sumiendo a sus familias en una horrible miseria. Perdiérase al juego el dinero propio, el de fondos públicos, y después se pegaban un tiro en la cabeza; se suprimió el juego, y aún subsiste la prohibición.

Recuerdo haber visto jugadores viejos, llenos de sentimentalismo, quienes me decían que ese juego les agradaba sobre manera, porque no se veía claro, como los otros juegos, quién era la víctima. Un lacayo en-

tregaba fichas y no dinero; cada cual perdía su pequeña puesta sin quejarse. Lo mismo sucede con la ruleta, que está prohibida en todas partes, y no sin razón.

Precisamente eso es lo que sucede con el dinero. Yo poseo el rublo mágico; corto mis cupones y me encuentro exento y libre de no trabajar. ¿A quién hago daño? No soy más que una buena persona, inofensiva en absoluto.

Pero lo que acabo de hacer con mis cupones, mi manera de vivir, en el fondo, no es más que el juego de la lotería o la ruleta; no veo a quien se mata después de haber perdido y quien me suministra esos mismos cupones que tan cuidadosamente desprendo con una rejilla de mis títulos.

No hago ni haré otra cosa en mi vida, si no cortar mis cupones, y, sin embargo estoy convencido de que mi dinero representa verdaderamente un trabajo. ¡Vaya una singularidad! ¡Y después de eso aún se habla de locos! Pero, ¿puede haber acceso de locura más terrible que éste?

Un hombre sensato, hasta sabio, y que se conduce razonablemente en todas las demás circunstancias, vive, sin embargo, como un loco, y se tranquiliza, porque no acaba de pronunciar una palabra necesaria para que tenga sentido su razonamiento.

¡Y se cree dentro de la verdad! ¡Esos cupones representan un trabajo! Sí; pero el trabajo de quién? Es evidente que representan el trabajo del trabajador, y no el de quien los posee sin haber trabajado.

La esclavitud no se ha abolido nunca. Se hizo como que se abolía en Roma, en América, y entre nosotros; pero, en realidad, sólo se abolían ciertas leyes y ciertas palabras, jamás las cosas. ¿Qué es en realidad la esclavitud, si no es eximirse a sí mismo del trabajo imprescindible para satisfacer sus propias necesidades, y realizar esa explotación explotando el trabajo de los demás?

En otros términos: existe la esclavitud en todas partes donde hay un hombre que no trabaja, no porque a los demás les dé la gana de trabajar para él, sino porque tiene los medios de no hacer nada y forzar a los demás a que trabajen para él.

Hay hombres que viven en nuestras sociedades europeas a expensas de miles de obreros, y que encuentran enteramente legal esta manera de vivir. ¿No es esto la esclavitud, y la más terrible?

El dinero es también la esclavitud: el fin y los resultados son idénticos. Su fin es eximir al hombre de la ley primordial, según expresión de un escritor popular, o de la ley natural de la vida, como nosotros la denominamos; esta ley ordena a cada uno de nosotros el trabajo personal como medio de existencia.

Los resultados de la esclavitud y del dinero son idénticos. Por un lado, el capitalista inventa siempre nuevas necesidades, siempre sin satisfacer, lo cual produce la molicie y el libertinaje. Por otra parte, el esclavo se rebaja y se convierte en una bestia de carga.

El dinero es, pues, una nueva y terrible forma de la esclavitud. Como la antigua perversa al mismo tiempo al esclavo y al señor. Fero esta nueva esclavitud todavía es peor, porque suprime en uno y en otros todos los sentimientos humanos.

Así he visto que el dinero era la causa de los sufrimientos y de la depravación de los hombres, y me he preguntado:

“¿Qué es el dinero?”

* *

¡El dinero! ¡Qué es el dinero? Es el equivalente del trabajo.

He consultado a hombres instruidos, quienes me han afirmado que el dinero representa hasta el trabajo de quien lo posee. Hubo un tiempo, lo confieso, en que casi estaba dispuesto a participar de esa opinión. Queriendo a toda costa profundizar este asunto, he interrogado a la ciencia.

La ciencia me ha respondido que la idea del dinero, no tiene en sí misma nada de injusta ni de nociva; y que el dinero es el principal factor de nuestra vida social. Que tenemos necesidad de él, primero, para facilitar los cambios; segundo, para fijar los precios, tercero para el ahorro, y cuarto, para los pagos.

El hecho cierto es que si llevo en el bolso tres rublos de sobra, en toda ciudad civilizada, no tengo más que hacer una señal para tener a mi disposición un centenar de personas que por esos tres rublos ejecutarán por mi orden los trabajos más difíciles, más repugnantes y más viles; este hecho, digo, proviene, en concepto de los hombres competentes, no de las virtudes particulares del dinero, sino de las condiciones de gran desarrollo de la vida económica de los pueblos.

La dominación del hombre por el hombre no reconoce por causa el poder del dinero por sí mismo, de creer a los economistas, sino del hecho de que el trabajador no recibe la remuneración total de su trabajo. El que no reciba esa remuneración completa, depende de la naturaleza del capital, de la renta y del salario, así como de las

complejas relaciones existentes entre el origen, la repartición y el uso de los bienes. Puede resumirse este principio, poco más o menos, en estos sencillos términos: el que tiene dinero domina y retiene bajo su dependencia al que no lo tiene.

LEON TOLSTOY.

EL MOVIMIENTO MILITAR

Como ya sabemos el 5 de Septiembre de este año se levantaron las fuerzas armadas del país en contra del régimen civil que imperaba en la República.

La corrupción política y administrativa fué el pretexto para el derrumbamiento, y en esto los militares actuaron con tal habilidad que consiguieron justificar ante gran parte de la opinión esta mascara de revolución.

El pueblo, es cierto, no tenía la menor solidaridad con los gobernantes, y todos sentían el asco de la politiquería y hasta los militantes de los partidos sufrían el desaliento como consecuencia de la esterilidad de la acción gubernativa.

En el Parlamento, unionistas y aliancistas batallaban sobre la podredumbre de las elecciones, farsa comenzada en Noviembre con las inscripciones y completada en Marzo con los comicios falseados.

La opinión pública — fácil para el engaño e incapaz de formarse conceptos claros sobre las conveniencias de la colectividad, recibió el levantamiento de las fuerzas armadas con la esperanza de un advenimiento redentor. Y así es como muchos ciudadanos creyeron en la era nueva de las renovaciones.

La gran masa miró indiferente la caída de los políticos, y desconcertada la ascención de los uniformados.

Fué necesario sufrir la supresión de las libertades individuales, ver la persecución de los ciudadanos en forma inicua para que los ilusos se convencieran que solo teníamos el advenimiento de una tiranía militar, reaccionaria en sus procedimientos y finalidades.

La habilidad y la astucia de muchos oficiales que asistían a las reuniones de estudiantes y obreros no fueron suficientes para ocultar la secreta tiranía sobre la prensa, que no tuvo por otra parte la entereza de gritar el sojuzgamiento. Recién se lanza la primera voz de aclaración.

Pero a pesar de los desengaños la gente cree en las promesas y con más razón cuando la promesa significa un bocado más suculento que en el día de ayer. Así los empleados particulares pusieron cara de pascuas al Gobierno militar que les trajo el aguinaldo de la famosa ley 4059.

Pero estas pascuas resultaron muy breves.

Producido el conflicto entre los intereses de los fuertes patrones y los débiles empleados; lanzados éstos por miles a la calle para hacerlos perder los años de servicio que daban derecho a una mediana indemnización por retiro, este Gobierno de justicia y de redención acudió en defensa de los poderosos. Y en vez de anular las expulsiones y de reconocer desde luego los años servidos, haciendo entrar en vigencia sin más trámite la referida ley, suspendió sus efectos, evitando así el perjuicio de las grandes empresas comerciales, en su casi totalidad extranjeras. Y muy lógico que así sea, ya que éstas cuentan con grandes defensores asalariados, poderosos en todos los regímenes.

Al pueblo interesa más que todo la solución de los problemas de orden económico: aquellos que significan un mayor bienestar y una vida más llevadera.

Uno de estos problemas que afectan a toda la población asalariada es el relacionado con la moneda.

El régimen del papel es una explotación constante del asalariado y hecha por y en beneficio de la Banca, protegida en todos los gobiernos. Nada hace esta casta de regeneradores que signifique la solución de este negocio público mil veces más interesante que el cambio de la función voluntaria de vender la conciencia por un imperativo legal.

Solo un concepto claro y un sentimiento firme se ve en los señores gobernantes del país. Saben que no se debe ir en contra de los viejos privilegios y que solo les es permitido beneficiar su propia condición.

Por eso es que el adorador tutankaménico de la Constitución del 33, fabrica una ley electoral basada en los mismos principios de la anterior, que permitirá el fraude desde el instante mismo de la designación de los miembros de las Juntas Inscriptoras.

Por eso es que verán los que esperaban y confiaban en la renovación, una Constitución sobre el molde de la anterior, sometida a la aprobación de un Congreso elegido a su sabor por los militares.

Solo un pequeño grupo tuvo desde el primer instante la valentía de gritar su condenación. Pero alienta el espíritu ver cómo en todos los campos crece este sentimiento de civilidad condenatoria.

J. J. P.

disfraz simpático a la tiranía. Nadie parece advertirlo al principio; sólo hay un vago presentimiento.

Cuando los militares se presentan a enhebrar promesas para obtener el beneplácito y la colaboración — ¡oh ironistas! — de las organizaciones, éstas, en general, declaran su inhibición en la contienda y acuerdan mantenerse a la expectativa en lo referente a las libertades públicas, lo cual debía traducirse como una no oposición moral hacia la revolución militarista. Nada más. Y ese "mantenerse a la expectativa" se vuelve letargia hasta que la ofensiva de la dictadura, después de varias sacudidas concluye por removerla. Entonces surgen las protestas, aparecen manifiestos y se comienza a constituir un "Comité Pro-libertades públicas".

Tal es la suma de actividades desarrollada por las organizaciones obreras. Importa reconocer que ella acusa una lamentable insuficiencia.

¿Qué representaba, desde el primer momento, el golpe militar de Setiembre? El período álgido de una crisis política del Estado, de una crisis del parlamentarismo y de los partidos en relación con esa omnimedia realidad que ellos tenían como principal objetivo favorecer y servir: la burguesía plutocrática, explotadora, especuladora, bancaria. El golpe militar derivaba de la apelación de la burguesía de esencia reaccionaria a su último y supremo recurso de predominio: el ejército.

Pero así como se verificaron los sucesos de la revolución, y al margen de esa inteligencia que los militares insinuaron a las organizaciones, éstas se encontraron en la posibilidad de practicar con éxito un intento de expansión y consolidación de sus fuerzas, sin necesidad de aceptar con este fin la dudosa y sospechable inteligencia que se les proponía. Mas, no aceptaron la solicitud de los militares, pero tampoco la rechazaron claramente, y no emprendieron obra alguna dentro de sí mismas.

Y es que aquí abajo, en los organismos proletarios, maduraba otra crisis, hay otra crisis que da la medida de esta falta de dinamismo, de esta ineptitud para concebir y realizar un programa de acción y desencuentro.

Quien sabe lo que dirán de esto los representantes profesionales del obrerismo, pero aparte de las causales de insensibilidad que hay que cargar a las masas, se ve que existe una causalidad que incumbe al mecanismo de las organizaciones y afecta a los dirigentes tradicionales.

Siempre será provechoso intensificar la determinación directa de las masas en la marcha y orientación de sus organismos. Ahora que esa determinación parece hallarse más lejos es cuando más la reclaman las circunstancias del ambiente. Urge hacer el proceso de esta crisis orgánica y de sus responsabilidades. Que venga, si se quiere, un pronunciamiento de las masas. Que salga a la vida la voluntad de esos hombres innumerables, sofocada hasta hoy por las conveniencias dudosas del funcionarismo directivo y representativo que impera en las organizaciones.

R. CABRERA MENDEZ.

OPOSICIONES

Consumados los primeros actos de despotismo y puesta en marcha la máquina de la tiranía militar, después, mucho tiempo después, han comenzado a manifestarse oposiciones y protestas colectivas en esta tierra tan viril. En este sentido, descontada la agitación, heterogénea y sin profundidad, que se ha visto entre los estudiantes, no hallamos ninguna expresión de abierta inadaptabilidad, ya que no de repudiación y de protesta, contra el régimen de cuartel instaurado el 5 de Setiembre.

Esta inmovilidad civil, así como dejó los diques abiertos, alentó la inundación, al principio vacilante, de la dictadura militar. Hay que interpretar este hecho, desde luego como una reacción unánime contra la asfixiante pestilencia de la política. ¿Quién no tendría que confesar una íntima complacencia frente a esa barrida del Parlamento de más vil composición que acaso jamás se haya impuesto al país? Tal vez, nadie. Ni la masa misma de los partidos. De aquí, este sentimiento de hastío y de repugnancia política que alianó, tanto como la propia cobardía y la nulidad de los desplazados, el paso de los militares, derivó gran parte de esa insensibilidad que dispersó y desorientó las opiniones hasta oscurecerles la visión clara de los acontecimientos y de

sus proyecciones. Ha sido la misma tiranía, puesta ya en acción, la que ha venido a restaurarla.

Este fenómeno se encuentra exemplificado precisamente en la actitud de los "intelectuales" que asumieron con toda fidelidad el papel que hasta ayer desempeñaron siempre entre nosotros: favorecer el imperio de los errores comunes, concretar la estupidez, los extravíos y el insensible marmotismo del sentimiento gregario. Un grupo de ellos creyó indispensable hacer públicas su adhesión y simpatías hacia la gestión "revolucionaria" de los militares. Al día siguiente la excelencia de los nuevos gobernantes se demostraba deportando con torturas procedimientos a Daniel Schweitzer por el delito de haber respondido con hombria a una conminación humillante. Fué un golpe que llenó de ridículo la iniciativa de los intelectuales y el más leal de ellos hubo de lanzarse a buscar un sitio donde sepultar sus esperanzas.

Visto así, a la ligera, el conjunto de la opinión frente a la revolución de Setiembre, cabe inquirir la actitud de las organizaciones obreras. También aquí la repugnancia inspirada por el desenvolvimiento ruin de la política interviene en la elaboración de los juicios. Hasta proporciona un

¡NO OLVIDARSE!

En calzado no hay quien pueda competir en precios, forma y duración, con el que vende la Zapatería

EL SOVIET
SAN DIEGO 658

NOTA.—Calzado The American Shoe Factory, se vende a precios de liquidación.

SASTRERIA CHILE

ALEJANDRO CEPEDA

SAN PABLO 1139 — SANTIAGO

Casimires nacionales y extranjeros.

Materiales de primera.

Precios económicos.

Recibo hechuras.

Crónica de Patrioterópolis

La Revolución del 5 de Setiembre Recuerdos Históricos

UN PROLEGOMENO PATRIOTICO

Setiembre es, sin duda, un mes predestinado en la historia nacional. En sus días claros se han realizado preezas de las cuales estamos orgullosos todos los buenos ciudadanos. El 18 de Setiembre de 1910, ¿qué chileno no lo recuerda? Ese día los padres de la Patria dieron a luz al pequeño y robusto Chile de nuestros afectos. Inolvidable será también el 5 de Setiembre de 1924. Escribo esta fecha con emoción. Si estuviese acompañado de señoras, niños, soldados u otras gentes, lanzaría, sin poderme contener, un sonoro ¡Viva Chile! Pero estoy solo con mis libros y temo que las sombras de los grandes hombres se sonrián al verme incapaz de dominar mis instintos. Mi emoción es mayor aún cuando pienso que tres millones y medio de corazones laten al unísono del mío. El chileno es un ser eminentemente patriota. Cualquier fruslería que le recuerde su suelo lo vuelve loco. Se cuenta que durante la guerra del Pacífico bastaba el espectáculo del glorioso tricolor ondeando a los vientos, para que se lanzara, enardecido, a matar cuanto hombre se le ponía por delante. Acaso ésta sea la causa filosófica por la cual todos los chilenos hemos aplaudido, valerosamente, la revolución del 5 de Setiembre. Habla de por medio militares; y quien dice militar, dice gloria, cañones, bandera, patria y otros símbolos igualmente queridos y respetados.

Pero, ay, yo sé que no todos los ciudadanos estamos con los salvadores de la patria. Lo digo con el alma dolorida. Yo sé que hay hermanos que, en el fondo de sus conciencias negrísimas, desprecian con entusiasmo a los militares. Son los mismos de siempre: obreros y estudiantes. Ejército—según ellos— es sinónimo de fuerza y la fuerza ha sido siempre un elemento negativo en la civilización del mundo. Todavía van más lejos estos desalmados sin Dios ni ley: dicen, además, que los militares carecen de toda inteligencia. Confieso que me entristecen estos raciocinios, reveladores de una temeraria falta de patriotismo. Es cierto que los soldados no son seres extraordinarios, que no han escrito libros, ni han practicado ninguna ciencia; pero en cambio han ganado tantas batallas!

LA NOCHE DEL 5 DE SETIEMBRE

Consciente de mis deberes, me eché a la calle tan pronto como los primeros rumores de la revolución llegaron al sosiegoado rincón donde vivo. El aspecto de la ciudad me saturó el alma de cívico bienestar. Miles de jóvenes recorrían el centro entonando: "Cantemos la gloria — del triunfo marcial..." Y castigando al son del bético himno a cuanto ocioso se permitía alabar en voz alta al régimen caído. También bandadas de señoritas revoloteaban, temerosas y curiosas, en torno de los jóvenes militares; y ésto me lleno de satisfacción, porque los historiadores están de acuerdo en considerar que los movimientos cívicos que cuentan con la colaboración de ellas son los que dan frutos más visibles y sobresalientes.

Siempre consciente de mis graves deberes me fui a la Moneda. Frente al palacio gris hervía una multitud distinguida haciendo comentarios; me incorporé a los grupos y constaté con inefable alegría que todos eran partidarios del Ejército; de cuando en cuando pasaban empujándonos intrépidos lances y nosotros los vitoreábamos con orgullo. ¡Oh, glorioso ejército!

A las 10 apareció el general Altamirano en las puertas de la Moneda y, a pedido general, se detuvo a pronunciar una arenga. Una arenga breve y simple, como lo son todas las que recuerda la historia en boca de soldados: “—Tenemos en nuestras manos las riendas del gobierno. Ahora tengan calma. Pueden retirarse!” Nosotros que habíamos guardado calma hasta ese instante rompimos en una tempestad de aplausos, persistente, ardorosa. Teníamos mucho gusto, porque al fin estábamos bajo la salvaguardia de nuestro valeroso ejército.

LOS QUE NOS GOBIERNAN: SUS PERSONALIDADES

Ahora, constituido el nuevo gobierno, comienza la parte más delicada de su tarea. La tarea de gobernar. Por suerte para los destinos de la nación nos gobierna un grupo de estadistas. En realidad, yo casi nada sé de ellos, pero una intuición secreta me dice que son hombres puros. Por referencias, se que el general Altamirano es un ciudadano lleno de elevadas intenciones, lo cual es de un mérito incalculable. Por su parte, D. Gregorio Amunátegui es un varón immense; es rector, político, pedagogo, diplomático, hombre de mundo, doctor, etc. Está muy bien, pues, en este gabinete universal. En cuanto al almirante Gómez Carreño, todo chileno sabe que ha prestado servicios a la nación: él fué quien trajo a aguas chilenas al acorazado "A. Latorre". Un hombre que ha realizado tal empresa, ¿por qué no va a ser capaz de dirigir al puerto de la Felicidad la nave del Estado? Respecto a los demás hombres que integran el gobierno, carezco de datos exactos; pero sospecho que deben ser tranquilos, honestos, prudentes; de otro modo no habrían aceptado los puestos de sacrificio que tan dignamente desempeñan.

LOS QUE NOS GOBIERNAN: SUS DEBERES

Este haz de varones — magnífico muestrario de la raza — ha jurado reconstruir al país económica, filosófica y socialmente. Y saldrán con la suya; para ello cuentan con la fuerza de la opinión y vice-versa.

cor la fuerza de la opinión y vice-versa. El cómo y cuándo efectuarán esta reconstrucción no viene al caso; es asunto absolutamente secundario. Lo importante es que haya un compromiso solemne al respecto.

Salgan las reformas dentro de diez días o de diez años da lo mismo. Aunque valientes como soldados, los chilenos somos pacientados como ciudadanos. El clásico buen sentido de la raza, tan elogiado por los gobernantes, nos indica ahora que nuestro papel en la obra de reconstrucción es dejar que los militares reflexionen reposadamente lo que van a hacer. Salirse de esta norma es dar señales de una impaciencia verdaderamente deplorable. ¿Qué sacaríamos, por ejemplo, con pedirles a los militares que nos dijeran lo que piensan?

Empero, no han faltado los atarantados que han dado en la flor de criticar los actos gubernativos, y hasta algunos — como Labarca y Ugalde — se han atrevido a gritarle a la Excmo. Junta de Gobierno con una vituperable falta de conciencia histórica: “¿Cuáles son las ideas de ustedes sobre tal o cual punto?” Francamente, pretenden demasiado esos ilusos, amén de que tal pretensión es contraria a las sagradas tradiciones de la República.

Comprendiéndolo así sagazmente, el Con-
nes a deliberar lo que convenía hacer con
los conspiradores mentados. Después de
sejo de Ministros dedicó una de sus sesio-
cambiar ideas unos con otros, en medio de
un ambiente de moderación, se acordó no
hacerles nada por ahora y colocarles, sim-
plemente, un par de agentes que los vigila-
ran día y noche. Esta medida peligrosamen-
te benigna causó un visible malestar en la
conciencia cívica. Y con justísima razón a
mi juicio. Labarca y Ugalde son individuos
de mala índole. Se han arreglado el dere-
cho de criticar los actos del gobierno, lo
cual es abiertamente revolucionario.

Por fortuna el Consejo, tomando pie en la experiencia anterior, acordó días después apresar, juzgar y deportar al temible conspirador Schweitzer; todo esto se hizo en el espacio de dos horas, lo cual habla muy en favor del excelente pie de guerra en que se halla nuestro ejército.

Esta medida satisfizo plenamente a todos los ciudadanos honestos, graves y pundonorosos, que por felicidad para los destinos de Chile, forman la inmensa mayoría. No han faltado, sin embargo, dos o tres antipatriotas que han preguntado con insistencia las razones que existieron para colocar en la frontera al israelita Schweitzer. Naturalmente, el gobierno no ha contestado nada. Es una admirable prueba de discreción.

— Sin embargo, nosotros, los que vivimos lejos de las esferas del gobierno, sospechamos vagamente, intuitivamente que la referida deportación nos ha librado de un peligro nacional: tal vez de una amenaza de guerra, o bien de una revolución interna, acaso de alguna epidemia. ¡B'engaunturados los que vivimos bajo tutela tan sabia y prudente!

A pesar de todo no estoy completamente satisfecho. El país se ha salvado, es cierto. Pero las sanciones tan juiciosamente empe- zadas están muy distante de estar conclu- das. Quedan todavía en el corazón de la República sediciosos que roen sin descanso. Yo creo que, en nombre de la seguri- dad pública, convendría enjuiciar, encarce- lar, azotar y deportar a hombres como el vituperable Vicuña Fuentes, el enorme ácra- ta Gandulfo, el turbulento Pedro Loyola, el intelectual santiaguino González Vera, el sereno conspirador García Oldini, el odioso abogado Juan Esteban Montero y tantos otros individuos sin creencias que pululan por allí tratando de inquietar la cabeza sa- na de tanto ciudadano honesto y meritorio. Felizmete sin resultado.

Queda lanzada la idea

ULISES BERTRAND.

N. de la R. — La falta de espacio impidió publicar este artículo en el número anterior de CLARIDAD.

NOTAS

En el próximo número publicaremos un artículo de González Vera, sobre importantes cuestiones de actualidad.

Toda correspondencia de Redacción y Administración, diríjase a Casilla 3323.

be a y suscribase a

CLARIDAD

Librería La Novela Ilustrada

LIBRERIA
LA NOVELA ILUSTRADA
JOAQUIN ORTEGA
DELICIAS 787 SANTIAGO
Visítela: Abre hasta las 11 P. M.

El problema de la Senescencia

Por el Dr. E. Gley Profesor en el Colegio de Francia y Miembro de la Academia de Medicina

Hemos creído de interés dar a la publicidad este trabajo, pues en él se explican en una forma sencilla y clara las distintas teorías y experiencias realizadas hasta hoy para obtener la vuelta a la juventud y — por consiguiente — la prolongación de la vida.

En Chile el Dr. Ottmar Wilhem practicó en la Escuela Médica una serie de experiencias que vienen a completar las investigaciones de Steinach. Tenemos el propósito de dar a conocer a nuestros lectores una síntesis de todos estos trabajos que hoy apasionan no solo a los sabios sino también a los profanos, ya que el problema de la senescencia nos atañe a todos.

Es hoy casi una vulgaridad afirmar que las investigaciones de los fisiólogos sobre las glándulas de secreción interna, que se han ido sucediendo desde hace unos treinta años de un modo casi continuo, nos han puesto de manifiesto una gran cantidad de hechos nuevos y nos han conducido a la determinación de funciones desconocidas; han sentado, además, problemas biológicos no sospechados y han puesto de nuevo sobre el tapete otros muchos.

Entre estos últimos, pocos hay, exceptuando quizás el problema de la naturaleza íntima de la vida y el problema de la muerte, que se nos presenten tan misteriosos, menos accesibles a la experimentación, única generadora de conocimientos seguros, y rodeados de mayores obscuridades que el de la senescencia.

Tras algunos ensayos inciertos y discutidos, se han llevado a cabo y conducido a buen término experimentos metódicos y operaciones practicadas en animales primero y después en el hombre, con resultados tales que algunos han llegado a pensar si el tan acariciado sueño del rejuvenecimiento era ya una realidad; si la mitológica fuente de Juventicia existía por fin. ¿Cómo se ha conseguido fundar esta esperanza? ¿En qué hechos está fundada? ¿Estos hechos la justifican?

I

Como es natural, estos experimentos derivan de las primeras investigaciones sobre la función endocrina de las glándulas genitales. Me refiero a las investigaciones de uno de los grandes fisiólogos franceses del siglo XIX, de Brown-Séquard.

Existe una doble relación entre la edad y la sexualidad: por una parte los caracteres distintivos aparentes del macho y de la hembra (los caracteres sexuales secundarios, así se los denomina, no se presentan sino en una edad determinada, la pubertad); por otra, la debilitación y después la desaparición de la sexualidad, constituyen uno de los signos más manifiestos del estado de senectud, de aquel estado en que "al blanquear el pelo disminuyen los estímulos",

conforme ha dicho uno de nuestros antiguos poetas.

La idea de esta relación debió llamar la atención a Brown-Séquard y fué sin duda la que le indujo al estudio de la vejez y el rejuvenecimiento entrevisto con mucha precisión conforme vamos a ver: "Estos hechos, dice en 1889 —acaba de hablar de las defectuosidades físicas de los jóvenes,— junto con muchos otros, demuestran claramente que los testículos proporcionan a la sangre, bien por reabsorción de algunas partes del líquido fecundante, o por otro mecanismo, principios que suministran energía al sistema nervioso y probablemente también a los músculos. Siempre he creído que la debilidad de los viejos es en parte debida a la debilitación de las funciones del testículo. En 1869, en el curso que expliqué en la Facultad de Medicina, ocupándome de las influencias que las glándulas pueden ejercer sobre los centros nerviosos, expuse la idea de que si fuera posible inyectar sin peligro esperma en las venas de los viejos, conseguiríamos obtener en ellos manifestaciones de rejuvenecimiento, lo mismo des-

de el punto de vista del trabajo intelectual que de la potencia física del organismo" (1). Brown-Séquard era un hombre de acción, en el que era innata la experimentación. Sometió su hipótesis a la comprobación experimental. De esta manera por primera vez se intentó el estudio científico del problema de la senescencia. Sabido es que sus experimentos consistieron en practicar inyecciones subcutáneas a viejos y enfermos de jugo diluido de extracto de testículos de animales recién sacrificados. Comenzó por practicarse él mismo estas inyecciones, teniendo entonces setenta y dos años, y confesó hacer recuperado, después de ocho inyecciones, por lo menos toda la fuerza que poseyera "hacía ya algunos años". "Puedo afirmar —también— añadía— que otras fuerzas que no estaban perdidas, si no tan sólo disminuidas, han aumentado muchísimo". Tras numerosas observaciones parecidas afirmó que el extracto testicular obra sobre los centros nerviosos aumentando su potencia, poseyendo, según una expresión de la que es autor, una propiedad "dinamogénica" considerable (2). Conviene recordar la conclusión que sacó de sus experimentos y de sus ensayos terapéuticos. En ella puede verse que este gran sabio, por atrevido que fuera en su hipótesis sabía permanecer dentro de los límites de la prudencia y del comedimiento, esforzándose en la interpretación que daba a sus experimentos, en no afirmar más de lo necesario. "Conseguiré —decía— cambiar orgánicamente el estado de los músculos, de los nervios y de los centros nerviosos? No poseo un número suficiente de hechos para llevarme a una solución a priori en este asunto. Siempre he temido y continué temiendo que el trabajo nutritivo que produce los cambios orgánicos, que sabemos existe desde el estado primitivo embrionario hasta la muerte por vejez, no es en absoluto fatal e irreversible. Pero de la misma manera que vemos músculos en los que la enfermedad ha producido graves alteraciones orgánicas, recuperar a veces su estado normal, así también los cambios orgánicos más o menos profundos que dependen de la vejez podrían también desaparecer, permitiendo de este modo a dichos tejidos volver a un estado orgánico parecido al de la edad adulta. Sin duda es esto posible y conviene en gran medida, principalmente frente a los resultados obtenidos con nuestros experimentos, tratar de resolver esta magna cuestión. Añadiré que aún temiendo un fracaso, debemos, por lo menos esperar que las inyecciones de líquido testicular detendrán o disminuirán la velocidad de las transformaciones en la estructura de los tejidos dependientes de los progresos de la edad" (1). Un gran escepticismo acogió los experimentos y las ideas de Brown-Séquard, quedando en desuso durante cinco o seis lustros. Debemos recordar que Brown-Séquard murió en 1894.

II

Unos veinticinco años después reaparecieron en el palenque las ideas del gran fisiólogo francés, expuestas por el alemán E. Steinach, quien por cierto olvidó citar el nombre de Brown-Séquard (4).

Parece ser que le condujo a ello un error experimental. Steinach buscaba si en los animales machos castrados, la transplantación de un testículo restablecería los caracteres sexuales secundarios. Parecía que una transplantación incompleta, fragmentaria, no determinaba más que un pequeño desarrollo de estos caracteres: el estado de las vesículas seminales y de la próstata, así como también de los cuerpos cavernosos, parecía comparable en este caso, al de los mismos órganos en regresión en un animal ejecido, deduciendo de ello que en ambas condiciones había insuficiencia de la secreción interna que mantiene los caracteres sexuales: desarrollo incompleto y regresión senil, debidos aparentemente a la misma causa, a una parecida pobreza del organismo en hormonas, se corresponden. Sabemos hoy que esta proporcionalidad entre la cantidad de

tejido secretor y la intensidad de su acción morfogénica no existe. En realidad no hay paralelismo entre la masa del tejido regulador y el tamaño del carácter regulado; en cuanto al tejido activo es suficiente, es decir, a partir de un peso que ha sido posible determinar experimentalmente con toda exactitud, los caracteres sexuales aparecen y se desarrollan por completo; por debajo de este mínimo no hay desarrollo alguno ni tampoco manifestación funcional; con este mínimo y por encima de él, desarrollo completo y consecutivamente sostenimiento integral de los órganos y del papel que desempeñan; finalmente, una vez alcanzado este mínimo, cualquiera que sea la cantidad de tejido activo, los efectos de su actividad son los mismos. Esta noción del **mínimum eficaz** y esta **ley del todo o nada** figuran entre los resultados más notables y más importantes de las investigaciones llevadas a cabo en mi laboratorio por A. Pézard sobre el condicionamiento fisiológico de los caracteres sexuales en las gallináceas, trabajos efectuados desde 1909 hasta 1918 con sumo cuidado, sagacidad e inteligencia (5). Ch. Champy ha comprobado lo propio en los batracios, y más tarde A. Lipschütz en un mamífero (el cobaya). De esta manera, la ley del todo o nada ha adquirido el carácter de generalidad, que ha aumentado su importancia.

Así, pues, Steinach admitió que un completo desarrollo de los caracteres sexuales somáticos y psíquicos corresponde a la plena juventud, y que la vejez se traduce por la regresión de dichos caracteres. Ya hemos visto que era lo que pensaba Brown-Séquard. Pero hay más. Steinach ha dicho repetidas veces que la función de secreción interna de la glándula masculina no solamente asegura la formación de los caracteres sexuales, si que también mantiene en su nivel normal la fuerza general del organismo, imponiendo la aparición de la senectud. Tal era también lo que pensaba Brown-Séquard.

De aquí la idea del rejuvenecimiento que preside las investigaciones de Steinach: si la senilidad depende efectivamente de la deficiencia testicular, debe bastar para hacer reaparecer la juventud, restablecer la actividad endocrina disminuida o desaparecida. Es ello posible? Dos series de experimentos van a demostrarnos esta posibilidad.

1.— Algunos años antes de los primeros trabajos de Steinach, dos histólogos franceses, P. Ancel y P. Bouin, de Nancy, habían sostenido que los caracteres sexuales secundarios estaban bajo la dependencia del desarrollo de elementos celulares especiales diseminados entre los tubos seminíferos del testículo y por esta razón llamados **intersticiales**; cuando se liga el canal excretor de una glándula cualquiera, los elementos secretores se atrofian y desaparecen; si se liga el canal deferente, es decir, el canal excretor de la glándula genital propiamente dicha, glándula de secreción externa, los elementos de dicha glándula, las células encargadas de la función seminal son las únicas que sufren los efectos de esta ligadura; los elementos constitutivos de la glándula de secreción interna, que forma también parte del testículo, las células intersticiales, son respetadas por la operación; no solamente son respetadas, si que también, según Ancel y Bouin, se multiplican.

En este estudio no es del caso examinar si la teoría de Ancel y Bouin, la teoría de las dos glándulas distintas que constituyen el testículo, o, como se acostumbra decir, de la glándula intersticial, ha resistido a las críticas que desde hace algunos años se le han dirigido. Lo cierto es que desde el punto de vista fisiológico poco nos importa. Lo esencial desde este punto de vista es, conforme he tenido ocasión de hacer observar (6), saber que la glándula genital masculina posee dos funciones diferentes, una conocida desde la más remota antigüedad, la función reproductora (glándula de secreción externa); otra, ignorada antes de Brown-Séquard, y cuyo estudio, a pesar de continuar aún, es ya muy fecundo, la función sexual (glándula de secreción interna). Lo mismo si estas dos funciones se ejercen por idénticos elementos celulares,

que por elementos distintos, el asunto, por grande que sea su interés morfológico, es secundario para el fisiólogo.

Dejemos, pues, de lado este aspeco. Es un hecho adquirido que la ligadura de los dos canales deferentes suprime la función reproductora del testículo, sin que por ello quede disminuida la función sexual; quizás quede por ello reforzada. Steinach fué el primero que practicó sistemáticamente esta operación en animales seniles (ratones). ¿Qué resultados ha obtenido? Helos aquí resumidos en pocas palabras: en pocas semanas, la glándula "reanimada" ejerce de nuevo su influencia sobre el organismo; el animal enflaquecido recuperó peso; el pelo marchito y lacio se vuelve espeso y brillante; los ojos empañados recuperan su brillo; la cabeza se enderezza; la marcha torpe se hace más segura; las características psíquicas reaparecen también, el animal, que había perdido su actividad, su curiosidad y combatividad, recupera dichas energías, y la indiferencia e impotencia sexuales en que había caído son reemplazadas por la pasión y la potencia. Los protocolos resumidos de dos experimentos nos demostrarán mejor que las palabras estos hechos.

El primero se refiere a un ratón de veintisiete meses, edad ya muy adelantada, pues dichos animales viven unos dos años y media, a tres años. Este ratón había perdido todo poder sexual desde hacía cinco o seis meses. Diez y ocho días después de la ligadura de los dos canales deferentes cohabitó repetidas veces. Es sacrificado cinco semanas después, y en la autopsia encontraron las vesículas seminales y la próstata llenas de su producto normal de secreción, siendo así que en los ratones de la misma edad estos órganos están en completa regresión, casi vacíos de su contenido normal.

En el segundo experimento se trata de un ratón operado también cuando tenía veintisiete meses. Diez y ocho días después de la operación puede cohabitar repetidas veces, durándole unos siete meses este estado de juventud corporal y psíquica. Transcurrido este tiempo, la potencia sexual desaparece y el animal vuelve a su estado de senilidad.

Steinach ha publicado muchas otras observaciones análogas. De ellas se deduce que si a los tejidos envejecidos afluye de nuevo la hormona testicular, estos tejidos se regeneran y las actividades orgánicas se despiertan. ¿Acaso por ello la vida es más larga? Steinach hace observar que la edad máxima a que llegaron algunos de sus operados fué de unos cuarenta meses; por término medio, la supervivencia fué de un año. Cree que los ratones viven de veintisiete a treinta meses. Las innúmeras observaciones de los bioquímicos americanos Th. Osborne y Lafayette Mendel, llevadas a cabo en el curso de sus investigaciones sobre la nutrición, demuestran que la duración media de la vida de estos animales es de treinta y seis meses. Aceptada esta cifra, los casos raros de supervivencia hasta la edad de cuarenta meses, mencionada por Steinach, perderían algo de su valor. Además, en otros casos, no se ha comprobado prolongación alguna de la vida. De aquí que Steinach admite que no es posible afirmar que el rejuvenecimiento en la forma que lo ha obtenido consiga prolongar la vida del individuo rejuvenecido.

II.— En otra serie de experimentos Steinach ha obtenido con la transplantación a ratones seniles de testículos de individuos jóvenes de la misma especie (7), de unos tres meses de edad, idénticos resultados; observó, efectivamente, en estos animales una especie de regeneración general, la recuperación de las fuerzas orgánicas, con retorno del apetito y poder sexuales. Al igual que los ratones a los que la ligadura de los canales deferentes había devuelto la juventud, experimentaban éstos por segunda vez durante su existencia "la gran transformación de la pubertad".

¿Estos experimentos han sido confirmados? La confirmación de los resultados debidos a la ligadura o a la resección de los canales deferentes (vasectomía) no abundan en los animales. Nadie, que yo sepa, ha conseguido reunir un número suficiente de perros o gatos viejos, animales cuya edad podemos saber exactamente y de los que conocemos bastante bien la manera de ser y de obrar y los hábitos sexuales, operarlos sistemáticamente y observarlos luego durante un tiempo suficiente; debiera prac-

ticarse la autopsia y los exámenes histológicos necesarios. Todo ello sería de un gran valor. El cirujano danés Knud Sand ha publicado una observación que demuestra cuán instructivo sería un trabajo de esta clase (8). Trátase de un perro de caza de doce años y tres meses, senil fatigado, flaco, con la mirada sin brillo, la piel seca y cuyos pelos caen, con movimientos pesados, en una palabra, en un estado lamentable. Tres o cuatro semanas después de la vasectomía doble prodújose una mejoría sensible en su estado general, y cuatro o cinco meses después la mirada es viva, la piel más flexible, habiendo crecido los pelos y vuelto las fuerzas: es una verdadera regeneración; al propio tiempo el animal manifiesta tener deseos sexuales, y un mes después puede cohabitar. Este estado persistió durante un año. El animal murió de enteritis aguda.

En el hombre se han practicado un gran número de vasectomías. Es una operación que estuvo de moda contra la hipertrofia de la próstata (desde 1895 a 1900), pero ninguno de los numerosos cirujanos que la practicaron había observado que poseyera una influencia ventajosa sobre el restablecimiento de las fuerzas en general y de los deseos y posibilidad sexual. A ello puede objetarse, por una parte, que no se practicaba entonces con las precauciones que hoy, gracias a las que los vasos y los nervios de la glándula son cuidadosamente conservados, y por otra, que en aquella fecha no nos preocupaban los fenómenos dependientes de la secreción interna del testículo; y es un hecho bien conocido, que hechos aún bien aparentes escapan a observadores no avisados; "el mérito del investigador consiste en perseguir en un experimento lo que busca, pero al mismo tiempo observar lo que parece no interesarle directamente (9). En realidad, las vasectomías practicadas en el hombre después de los experimentos de Steinach, han dado a menudo resultados comparables con los obtenidos en los animales después de la misma operación. Tales son los resultados publicados por el cirujano vienes Lichtenstern en 1918 y 1920 (10), algunos de los del americano Harry Benjamin (1922 (11) y los del danés Knud Sand (1922). Sin duda alguna, entre todas estas observaciones podría efectuarse una selección importante; la operación de que se trata no ha sido siempre practicada para remediar estragos causados por la vejez natural; muchas han sido practicadas en casos de senilidad precoz, en individuos de cuarenta y siete a cincuenta y cinco o sesenta años; otras en individuos prematuramente impotentes, y otras también en impotentes congénitos. Es así que K. Sand ha operado 18 individuos, entre los cuales no hay más que 11 seniles propiamente dichos (12). Pero no es menos cierto que en muchos casos de los que no es posible prescindir, el proceso provocado en el testículo por la vasectomía ha determinado una reconstrucción progresiva de fuerzas y de la actividad física y psíquica y hasta, aunque con menor frecuencia, una restauración más

En cuanto a las transplantaciones testiculares practicadas en carneros enteros viejos y machos cabríos por S. Voronoff, este cirujano afirma que han dado resultados notables (13). Pero es en el hombre principalmente que se ha aplicado este método, primeramente por el americano Lesspinasse desde 1913, después de Voronoff (14). Dada las dificultades que se encuentran para ejecutar una serie de transplantaciones con material de procedencia humana, este último cirujano se ha valido de los monos antropoideos; se ha procurado chimpancés, cuyos testículos han servido para proporcionar transplantaciones aptas, conforme parece haberlo demostrado la experiencia, para fijarse en los tejidos del hombre. Diferentes observaciones publicadas por Voronoff demuestran los buenos resultados de la operación, traducidos por mejoría del estado general, restitución acentuada de las fuerzas y de la actividad, que iba menguando mucho, restitución del poder sexual. Un cirujano ruso, Gregory, ha transplantado en un arterioesclerótico muy deprimido, de sesenta y ocho años, un testículo extraído inmediatamente después de la muerte de un joven tuberculoso (tuberculosis pulmonar); la transplantación fué ejecutada en la región inguinal, entre dos planos musculares. Rápidamente este viejo recuperó su antiguo vigor físico y sexual (15). Igualmente buenos resultados 56 veces entre 69 casos de senilidad fisiológica o precoz operados por Max Troek, de Chicago (16), así como también en un caso obser-

vado por los médicos rumanos C. J. Parhon y M. Kahane, en el que se trataba de un viejo de setenta y ocho años (17). Verdad es que varios cirujanos alemanes y checos han publicado observaciones cuyo resultado no ha sido tan afortunado. Otros han hecho observar con razón que el beneficio de la operación no es muchas veces sino pasajero, lo cual no es de extrañar, puesto que para que una transplantación produzca efectos duraderos precisa que se establezcan conexiones vasculares entre la parte transplantada y el tejido en el que se ha introducido, se requiere que la parte transplantada se convierta en un verdadero cepillón, y esta transformación no es ni rápida ni segura. De todos modos los hechos positivos quedan adquiridos y conservan su significado.

(Continuará)

Sentencia contra Galileo

Como creemos que interesaría a nuestros lectores conocer los términos en que estaba redactada la sentencia que contra Galileo dictó el Tribunal del Santo Oficio de Florencia, reproducimos a continuación ese documento histórico, copiándolo de una revista científica que lo ha publicado no hace aún mucho tiempo.

He aquí dicha sentencia, que deja bien al descubierto la imbecilidad religiosa:

"Siendo tú, Galileo, hijo del difunto Vicente Galileo, florentino, de edad a la presente de 70 años, el que fuiste denunciado en 1615 a este Santo Oficio: Que tienes por verdadera la falsa doctrina enseñada por muchos de que el Sol sea el centro del mundo e inmóvil, y que la Tierra se mueve también con movimiento diurno:

Que tienes algunos discípulos a los cuales enseñas la misma doctrina:

Que sobre ella has tenido correspondencia con algunos matemáticos de Alemania:

Que has hecho imprimir algunas cartas tituladas "De las manchas solares", en las cuales desarrollas igual doctrina como verdadera:

Y que a las objeciones que a las veces se te hacen tomadas de la sagrada Escritura, respondías comentando dicha Escritura conforme a tu sentido; y sucesivamente se presentó copia de un escrito en forma de carta que se decía estar escrita por tí a un discípulo tuyo, en la cual, siguiendo la proposición de Copérnico, se contienen varias proposiciones contra el verdadero sentido y autoridad de la Sagrada Escritura.

Queriendo este Santo Tribunal prevenir el desorden y el daño que de aquí pueden seguirse y crecer con perjuicio de la Santa Fe: de orden de Nuestro Señor y de los eminentísimos señores Cardenales de esta suprema y universal Inquisición, fueron por los calificadores Teólogos calificadas las dos proposiciones de la estabilidad del Sol y del movimiento de la Tierra, esto es:

Que el Sol sea centro del mundo e inmóvil, de movimiento local, es proposición absurda y falsa en filosofía y "formalmente" herética, por ser expresamente contraria a la Santa Escritura. Que la Tierra no sea el centro del mundo inmóvil, sino que se mueve también con movimiento diurno, es igualmente proposición absurda y falsa en filosofía y considerada en teología "aen:inus" errónea en Fe

Para que este grave y pernicioso error tuvo y trasgresión no quede por completo impune, y seas más cauto en lo sucesivo, y sirvan de ejemplo a los demás para que se abstengan de delitos semejantes, ordenamos que por edicto público se prohíba el "libro de los diálogos", de Galileo Galilei; y te condenamos a la cárcel formal de este Santo Oficio por el tiempo que nos plazca y a nuestro arbitrio, y para penitencia saludable te imponemos que durante tres años digas una vez por semana los siete salmos penitenciarios, reservándonos la facultad de moderar, cambiar o levantar toda o parte de dicha pena y penitencia."

Comentarios? Hágalo el lector. Y diga luego si tiene razón de ser el empeño de los católicos modernos en querer conciliar la Religión y la Ciencia. ¿No dicen bien claro los inquisidores florentinos que es contrario a la Santa Escritura la proposición de Galileo relativa al movimiento de la Tierra? Pues aténganse a esto los descendientes y continuadores de tales tiranos del pensamiento libre.